

Yoko Ogawa

UNA PERFECTA HABITACIÓN DE ENFERMO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Una perfecta habitación de enfermo

Una mariposa en el hueco de la mano

Créditos

UNA PERFECTA HABITACIÓN DE
ENFERMO
seguido de
UNA MARIPOSA EN EL HUECO DE
LA MANO
Yoko Ogawa

Traducción del japonés de Juan Francisco González Sánchez

TUSQUETS
EDITORES

Una perfecta habitación de enfermo

Quizá porque era mi único hermano —y los dos crecimos sin el cálido afecto de nuestros padres—, o quizá por su muerte prematura —tenía tan solo veintiún años, una edad en que uno no piensa en la muerte y se cree inmune a ella—, mi corazón se quiebra y se desangra como una granada reventada cada vez que pienso en él. Su ausencia me resulta insoportable; ni por nuestros padres, ni por mi marido, ni por supuesto por mí misma, he experimentado nunca un dolor tan profundo. Tal vez por eso, cuando por una razón u otra me siento triste, recuerdo las horas apacibles que pasé a su lado.

Una suave brisa de finales de otoño se desliza a través de los visillos y acaricia su lecho. Está recostado sobre una almohada de plumas y yo, cómodamente instalada en el sofá junto a la cama, contemplo su perfil. Es una tarde tan silenciosa que podríamos haber oído caer una gota de agua; la habitación, escrupulosamente limpia, irradia una gran calma; el suelo blanco y los azulejos del baño refulgen, y las sábanas están inmaculadas y perfectamente almidonadas. Solo de vez en cuando interrumpimos el silencio para conversar sobre temas tan dispares como la clasificación de la liga de béisbol, el advenimiento de la perestroika en la Unión Soviética o el aliño perfecto para el aguacate. En ocasiones nuestras palabras rondan la melancolía, el sufrimiento, y la voz de mi hermano me envuelve como un velo terso y suave. Cuando nos cansamos de hablar, nos refugiamos de nuevo en un mutismo acogedor, nos dejamos arropar por nuestra callada presencia. Entonces creo ver el

contorno del rostro de mi hermano traslucirse y difuminarse mágicamente, como la membrana gelatinosa de un molusco en un mar en reposo. Es un sábado impecable.

Mi hermano permanece inalterado en el recuerdo de aquel sábado impecable, con su perfil diáfano intacto en mi memoria, como una delicada figura de vidrio. Todavía hoy me sorprende la nitidez con que logro evocarlo; me desconcierta verlo con tal claridad, me abruma y me reconforta, hace que me sienta torpe, como si de pronto sostuviera en mis manos una emoción vivísima y temiera que se me escurriera entre los dedos. Esa emoción crece en mi pecho, se estanca y se coagula formando nudos. Y yo debo respirar con suavidad y extremo cuidado para no rasgar el tejido que lo recubre, para evitar que estalle y se desparrame. Después, lloro. Y aunque me gustaría poder recordarlo algún día de una manera menos vívida, me sumo en la remembranza luminosa de la habitación que ocupaba cuando estaba enfermo.

Paso las horas recordándolo: hasta ahora, nunca había pensado tanto en él. Antes de que cayera enfermo, era como una especie de teorema encuadrado en el arquetipo del hermano pequeño. Apenas lo tenía presente, sobre todo desde que se había ido a la modesta localidad de Setouchi a cursar sus estudios universitarios. Pero nuestra relación, un tanto fría, empezó a cambiar el día en que me telefoneó para pedirme ayuda.

—Me ha dicho el médico de aquí que es mejor que me traten en una clínica y, en fin, había pensado que tal vez habría una cama libre para mí en el hospital universitario en el que trabajas...

Hablaba en un tono contenido, circunspecto. Y eso, quizá más que la inquietud que me provocó saber que estaba enfermo, se me hizo difícil de soportar. Además, me sorprendió que, en la situación en que se encontraba, solo se preocupara por trivialidades: que si se

había dejado salsa de tomate y huevos en la nevera de su residencia en Setouchi, que si acababa de renovar el bono de la piscina universitaria, que si el director del seminario le había pedido que clasificara unos documentos y que ahora no iba a poder cumplir con la tarea..., asuntos que, en aquellas circunstancias, no tenían la menor importancia. Daba la impresión de que creía que podría desembarazarse de problemas tan serios —su propia enfermedad, interrumpir los estudios, volver a Tokio, luchar a diario por recuperarse— reduciéndolos a un mero trajín engorroso pero intrascendente, tan fácil de solventar como tirar a la basura unas sobras olvidadas en el frigorífico.

En cualquier caso, él ya no está. Me lo recuerdan cada día mil pequeñas cosas: los avisos de retraso en el pago de las tasas universitarias, guardar en el fondo del armario su pijama lavado y planchado, la nueva placa instalada en la puerta de su habitación de hospital con un nombre distinto del suyo. Sí, hasta eso me lo ha recordado. Y en cada ocasión me digo: «Sí, sí, ya lo sé, mi hermano ya no está, dejadme en paz».

Postrado en la cama de aquella pulcra habitación de hospital, él siempre mostraba una actitud serena, un gesto apacible. Veo otra vez la suave sinuosidad de su cuello, percibo el aliento límpido que escapa entre sus labios y me hundo en la tristeza. Esas imágenes vuelven a mí una y otra vez, acrecentando mi amargura.

Mi hermano regresó un día despejado de otoño en que el aire limpio envolvía la ciudad de Tokio como una fina campana de cristal. Yo lo esperaba sentada en uno de los sofás de la sala de espera del

vestíbulo, prácticamente vacía, pues el horario de consultas médicas de la mañana estaba a punto de terminar. Me fijé en los pasos voluntariosos de una auxiliar que cruzó la sala empujando un carrito repleto de sábanas, probablemente en dirección a la lavandería; después, en las carpetas de expedientes médicos que unas enfermeras sujetaban entre sus brazos y apretaban contra su pecho mientras charlaban de pie, dándose un pequeño respiro del trabajo, y en la agilidad de los dedos de la chica de la ventanilla de recepción, que pasaban las páginas del anuario interno del hospital a una velocidad extraordinaria.

Todas esas personas formaban parte del entorno habitual de mi vida en el hospital universitario, y para la mayoría de ellas yo también era una presencia frecuente. Un ayudante de investigación del laboratorio de patología reparó en mí y se acercó a preguntarme: —¿Cómo es que estás aquí a estas horas?

Para evitar darle explicaciones, simplemente le sonreí.

Cada vez que la puerta automática de entrada se abría, se colaba por ella la suave brisa otoñal. Y cada vez, yo alzaba los ojos y buscaba a mi hermano con la mirada. Tardaba en llegar. Trazaba en mi mente una y otra vez el recorrido que él debía seguir desde la estación de tren hasta el hospital universitario y consultaba sin cesar mi reloj de pulsera. Tenía la impresión de que podía llegar en cualquier momento.

Yo ya había enviado los resultados de las pruebas médicas que le habían hecho en la pequeña localidad de Setouchi a mi jefe, profesor y responsable de cirugía digestiva; este, a su vez, se las remitió al director de hematología, y también al doctor S, el médico que iba a ocuparse de mi hermano. Paralelamente se habían fijado citas para practicarle más pruebas y le habían reservado una habitación individual en la planta decimocuarta del ala oeste del hospital. Por

mi parte, no pude hacer otra cosa que convertirme en simple espectadora de los innumerables trámites, que se resolvieron con agilidad. Los preparativos para todo lo que mi hermano necesitaba se llevaron a cabo a la perfección.

Por el sistema de megafonía de los departamentos de farmacia y de contabilidad iban llamando a algunos pacientes. Primero los llamaban por el apellido, elevando el tono al final, y luego por el nombre y el apellido. Si, transcurridos unos segundos, el paciente no aparecía, lo repetían con la misma entonación, a un ritmo idéntico, como el vaivén de las olas. Algunos nombres eran duros, contundentes; otros, suaves, incluso bellos. Los había de todas clases. Me puse a pensar en qué enfermedad me sugería cada nombre. Y para cada uno encontré una enfermedad concreta, exclusiva, que le encajaba a la perfección.

La última vez que había visto a mi hermano había sido en verano, cuando celebramos el primer aniversario de la muerte de nuestra madre. Fue una ceremonia sencilla, en un templo pequeño y apartado, situado en medio del espeso bosque de Musashino y asediado por el ensordecedor chirriar de las cigarras. Allí, sentados con las piernas cruzadas, mi hermano, mi marido y yo pasamos largo rato escuchando los rezos budistas del monje que oficiaba. Después comimos en silencio los platos vegetarianos que proveía el templo, con los tímpanos destrozados por las estridentes cigarras. Finalizada la ceremonia, mi hermano tuvo que volver directamente a la universidad, sin poder siquiera cruzar más que unas palabras entre nosotros. Quizá por eso yo tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que no hablaba tranquilamente, de tú a tú, con mi hermano; es más, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última ocasión. Tal vez nunca, desde que éramos niños, había hablado en serio con él.

Detrás del gran mostrador de recepción, que tenía forma de U, estaba el personal administrativo —el de ingresos, el de contabilidad y el de farmacia—, y un poco más atrás trajinaban algunos médicos ataviados con sus batas blancas. A la derecha del mostrador se alzaba hasta el techo un gran ventanal con vistas a un jardín interior, soleado y primorosamente cuidado, en cuyo estanque unos patos se disputaban las migas de pan que les lanzaba un jardinero. Me puse de pie lentamente y metí las manos en los bolsillos de mi bata blanca. En ellos llevaba una goma de borrar, clips y trozos de papel arrugados, con anotaciones diversas, que produjeron un sonido seco al tocarlos. Me dirigí al fondo del vestíbulo caminando entre los sofás y apoyé el hombro derecho en el ventanal. Reconfortada por el calor procedente del jardín, que sentí como una caricia en la mejilla, sucumbí a una agradable somnolencia. Los patos se afanaban en picotear los restos de migas que flotaban en la superficie del agua. Al jardinero solo le quedaba un currusco de pan. Se lo metió en la boca y lo masticó con fruición. Entonces, alguien me tocó el hombro.

—Me alegro de verte, hermanita.

Cuando me di la vuelta, ahí estaba mi hermano. Era como si llevara allí toda la vida y formara ya parte del lugar. La palabra «hermanita» se abrió paso a través del rumor que nos rodeaba. Su tono era tan dulce que, por un momento, me sentí turbada, como si fuera la primera vez que un hombre al que acababa de conocer me dirigía la palabra.

—Eh... Yo también. Tienes buen aspecto.

Apenas lo dije, me di cuenta de lo desafortunada que había sido mi afirmación. Después lo miré de arriba abajo, primero el pelo y los lóbulos de las orejas, luego las mejillas, las uñas, y finalmente los tobillos. Trataba de rememorar lo que sentía cuando estábamos juntos.

—La cosa se ha puesto un poco fea, ¿eh? —dijo él, soltando a sus pies la bolsa de viaje que traía—. No sabes cuánto te agradezco tu ayuda.

Me pregunté si alguna vez antes me había mostrado tanta gratitud.

—Ya verás como todo saldrá bien —acerté a decir—. Mi jefe ha hablado con el hematólogo. Ah, y ya tienes asignado un médico de cabecera. Yo no he tratado personalmente con él, pero es de confianza. Tiene muy buena reputación.

—¿En qué departamento estás tú?

—En el de cirugía digestiva. Como trabajo de secretaria, dispongo de bastante tiempo libre. Podré ocuparme de ti.

Quería darle a entender que no tenía nada que agradecerme.

El jardinero, que había terminado de masticar su trozo de pan, agarró una manguera y comenzó a regar los macizos de flores dispuestos a lo largo de la orilla del estanque. A través del cristal oíamos el sonido amortiguado del chorro de agua.

—Qué raro es todo esto... —Mi hermano bajó la vista y añadió con un suspiro—: ¿Todo el mundo se siente así antes de ser ingresado en el hospital?

—¿Tienes miedo? —le pregunté, buscando sus ojos con los míos.

—No, miedo no. Es más bien una extrañeza, como cuando empiezas una nueva etapa en la vida. Tengo palpitaciones, ¿sabes? Todo es tan intenso que siento como si me oprimieran el pecho.

Asentí con la cabeza.

—Además, no he venido aquí porque yo quiera —prosiguió él—. Es mi cuerpo el que ha decidido que yo esté aquí. Se ha sublevado, y es normal que me sienta tan inquieto, aunque quizá no debería estarlo.

Volvió el rostro hacia el jardín al tiempo que se pasaba sus largos y finos dedos por el pelo. Las flores, recién regadas, resplandecían, y hasta las motas más diminutas de polen brillaban. Mientras contemplaba aquel despliegue de luz y color, mi hermano parpadeó varias veces, muy lentamente. En sus pestañas vi reflejado el brillo de las partículas de polen. Y todo él se me antojó como una fruta fresca recién cogida del árbol, aún cubierta de rocío.

Busqué el modo de animarlo, pero las palabras me pesaban; era incapaz de decir nada. Él parecía estar tratando de ordenar sus pensamientos, de descifrar lo que verdaderamente sentía para mantener la compostura.

Un instante de calma se abrió paso entre ambos.

—De todas maneras, creo que sabré arreglármelas —dijo de repente, en voz baja—. Cuando papá y mamá se separaron, y, después, cuando mamá murió, salí adelante. Además, te tengo a mi lado —añadió, dirigiéndose a mi reflejo en el ventanal del jardín.

—Todo irá bien, ya lo verás. Lo más importante es adaptarse a la nueva situación. Todavía no estás habituado a la enfermedad, al hospital... Hay que ir poco a poco, cada cosa a su tiempo.

—Sí —dijo, y asintió con la cabeza como habría hecho un niño.

En ese momento, y por primera vez, fui consciente de cuánto afecto sentía por mi hermano. Deseé acariciarlo. Me acerqué un poco más a él, apoyé una mano sobre su espalda, muy erguida, e intenté percibir, ayudándome de mi imaginación, el calor de su piel, la tensión de sus músculos y el latido de sus arterias, todos ellos vivos, palpitantes.

Antes de que pudiera instalarse en su habitación, tuvimos que firmar una declaración según la cual nos comprometíamos a no demandar al hospital ni a sus médicos si surgía alguna complicación, y rellenar un formulario en el que asumíamos la responsabilidad en caso de robo dentro de la habitación. Después, tras una charla en la que se nos explicó al detalle la rutina diaria de las enfermeras —proceso durante el cual tanto mi hermano como yo guardamos el más estricto silencio—, nos condujeron a la habitación asignada.

Sin embargo, nada más llegar, vinieron a buscarlo para llevarlo a una planta inferior a fin de realizarle una prueba. Decidí esperarlo en la habitación. Con el ingreso de mi hermano, todas las habitaciones individuales de la planta decimocuarta del ala oeste quedaron ocupadas.

En el centro estaba la cama, con sábanas blancas recién planchadas. Era voluminosa; parecía un gran animal blanco acurrucado, y destacaba sobre el color crema de las paredes. Alrededor de la cama, de su blancura resplandeciente, diversos objetos pulcramente colocados completaban un espacio que casi se diría sagrado, del todo diferente del de un simple dormitorio o una habitación de hotel.

Nada más entrar, a la izquierda, estaba el cuarto de baño, y, a la derecha, una cocinilla de gas y un fregadero; junto a la ventana, un pequeño sofá tapizado, y, muy cerca de la cabecera la cama, una mesilla redonda de madera; más allá, en un rincón, un frigorífico que parecía una caja fuerte. Todo estaba pensado con la mayor economía: no faltaba ni sobraba nada, pero esa meticulosa planificación no resultaba fría u ornamental, tal vez porque los objetos no eran nuevos, ya los habían utilizado otras personas; sin duda habían acumulado muchas historias a lo largo del tiempo.

Tras soltar la bolsa de mi hermano, probé a sentarme en el borde de la cama, y en la colcha ligera y tersa se formaron unas arrugas que se extendieron por toda la superficie como pequeñas olas provocadas por el viento.

Me dije que probablemente iba a ser un día muy largo. Cuando volviera mi hermano tendría que guardar los utensilios de aseo en el armarito del baño, ponerse el pijama y quizá extenderse sobre la cama alguna manta. Y yo, sin duda, volvería a casa, le explicaría a mi marido todo lo que había ocurrido durante el día y le pediría que me ayudara a organizarme en los días sucesivos. Solo pensar en lo que me esperaba hizo que me sintiera abrumada.

El sol iniciaba su descenso hacia el horizonte y vertía sus últimos rayos sobre la suave cuesta que bajaba desde el hospital, bajo la ventana de la habitación, sobre la que se apiñaban los bloques de un gran complejo de viviendas sociales. Tras las hileras de ginkgos, entreví la sede central de la universidad. Todo estaba en calma.

Supuse que mi hermano tardaría en volver. Me quité los zapatos y me recosté sobre las sábanas hasta sentir su textura en mi mejilla. Me estiré todo lo que pude. Los muelles del colchón chirriaron ligeramente.

La absoluta tranquilidad y limpieza de la habitación me reconfortaban. La contemplé. Desde el sofá hasta la ventana, la nevera o la mesilla, todos los objetos estaban colocados o bien en ángulo recto, o bien en un ángulo de ciento ochenta grados. En el hornillo y el fregadero no se veía ni un grano de pimienta, ni un trocito de carne churrascada, ni siquiera un minúsculo resto de verdura. Solo distinguí, de lado a lado de la encimera, unas finas y sinuosas marcas ondulantes, semejantes a vetas de mármol: eran las marcas de la esponja con la que el personal de limpieza había

frotado la superficie. Concluí que jamás en mi vida había estado rodeada de una pulcritud que me procurara tanta paz.

Entrelacé las manos bajo la nuca y cerré los ojos. Sentí mi cuerpo ligero, como si la cama me tomara suavemente entre sus brazos. Aquella atmósfera de sosiego invitaba a la reflexión. Desde el otro lado de la puerta me llegaba el tintineo producido por tubitos de cristal al chocar entre sí y el chirrido de las suelas de las zapatillas de una enfermera.

Recordé los labios de mi madre. La razón por la que, cuando pensaba en ella, eran siempre sus labios lo primero que me venía a la mente era la dolencia que había sufrido y que tanto nos había hecho sufrir también a quienes la rodeábamos: tenía una enfermedad mental.

Un día, su energía se esfumó. Ya no tenía fuerzas para realizar tareas tan simples como organizar los tiques de la compra, apilar las cartas que recibía o guardar las cajas de dulces que le regalaban. Y, a medida que su mente perdía pie, también la casa se fue desmoronando: había pepinos podridos sobre el mueble zapatero y mechones de su pelo flotando en el agua de nuestro acuario de peces tropicales.

Unos meses después, el péndulo osciló hacia el lado opuesto y experimentó una fase de euforia en la que charlaba sin pausa durante el día entero con cualquier familiar, amigo o incluso con desconocidos. Su inacabable torrente de palabras preocupaba a quienes lo presenciábamos; hablaba de manera nerviosa e impetuosa, como si la angustiara pensar que, si paraba de hablar, dejaría de respirar, y agotaba a su interlocutor. Por desgracia, en esas fases intermitentes, continuaban acumulándose los montones de medias sobre la mesa del comedor o apareciendo una naranja cubierta de moho dentro de la lavadora.

Cuando mi madre hablaba de ese modo, yo no podía despegar la vista de sus labios incansables; esos labios sin pintar, del mismo tono mate que su piel, a veces grasientos, embadurnados en saliva. Por eso sigo recordando al detalle el contorno de sus labios, el dibujo de sus arrugas verticales en movimiento. Parecían dos larvas.

Era su marido —mi padre— quien más la temía. Ese fue el motivo del divorcio. Es difícil amar a alguien que sufre un trastorno semejante. Tanto mi hermano como yo tratamos de apoyar a nuestro padre, pero al final se marchó y lo único que nos unió a él era el pago mensual que nos enviaba para nuestra manutención.

La muerte de mi madre fue brusca y peculiar, como no podría haber sido de otro modo tratándose de ella. Había entrado un momento en el banco y se vio envuelta en un atraco; una bala la alcanzó y murió en el acto. La muerte la sorprendió en una de sus fases de euforia parlanchina. Quién sabe por qué, se aproximó decididamente al mostrador, donde se había apostado uno de los atracadores con un arma de fuego, y se puso a recriminarle la dudosa moralidad de lo que hacía y el daño que causaría a tantas familias. En medio de los gemidos y el murmullo general que reinaba en la oficina bancaria, salpicados por algún grito de pánico, las palabras de mi madre resonaron con la estridencia de una alarma. Según declaró después un empleado del banco, en medio del caos, fue la única voz con sentido común. Mi intrépida madre, llevada por un deseo de justicia irrefrenable, había dirigido el espasmódico serpenteo de sus labios hacia el atracador, segura de estar aplicándole una infalible técnica de persuasión, cuando en realidad solo consiguió destrozarle los nervios al malhechor.

Me dejé llevar por esos recuerdos, ya brumosos, y al poco comprendí que, quizá debido al desorden y a la suciedad de que mi madre nos rodeaba desde que se le declaró su enfermedad, ahora

podía apreciar, por contraste, la limpieza y el orden de la habitación en que me hallaba y que tanta paz me daba.

Había ido perdiendo, uno a uno, a los miembros más cercanos de mi familia, y ahora le tocaba a mi hermano. Según pensaba en eso, una terrible desazón se apoderó de mí y, como un velo negro, me dejó sumida en un mar de oscuridad. El leve mareo que noté me hizo contener la respiración. La habitación seguía tranquila. Entonces inspiré profundamente, exhalé y repetí la operación varias veces, deseando llenarme los pulmones de la pureza que me rodeaba.

Los días pasaron en un suspiro, y mi hermano y yo nos habituamos a nuestra mutua presencia en aquella habitación. De la misma manera, yo también me habitué a dividir mi vida entre mi piso y el hospital, sin descuidar mis tareas en el departamento de cirugía digestiva, donde me ocupaba de pasar a limpio textos que explicaban las diapositivas que se mostrarían en congresos, de mecanografiar extractos de tesis y de atender la ocasional visita de algún representante de tal o cual empresa farmacéutica.

El jefe del departamento me preguntaba a menudo cómo estaba mi hermano, y en una de esas ocasiones me contó que su hermana pequeña había muerto de desnutrición durante la guerra. Me confesó que, una sola vez, él se había tomado a escondidas la leche que le correspondía a ella, y que eso todavía le causaba un gran dolor. Era de lo único de lo que se arrepentía en toda su vida. Recordaba cómo se le había acelerado el pulso al encontrar la leche y cómo había introducido los dedos en ella para probarla, y que después no pudo reprimirse y se la bebió. La sensación del líquido

bajándole por la garganta seguía grabada en su memoria. Como nunca me hablaba de su vida privada, no supe qué responder.

—Así es siempre —aseveró en un tono piadoso—. Quienes sobrevivimos a la muerte de un familiar cargamos toda la vida con alguna culpa ligada a esa persona. —Seguidamente, recogió sus dosieres y su caja de tizas y salió rumbo a la clase que debía impartir.

Unos minutos después, sonó el teléfono justo mientras cambiaba la cinta de la máquina de escribir. Eché un vistazo al reloj y, tras calcular el tiempo que restaba para que finalizara la clase y el jefe del departamento regresara, levanté el auricular. Sin embargo, la llamada era para mí. Se trataba del doctor S, que me preguntó si disponía de tiempo para hablarme del estado de mi hermano y, en caso afirmativo, dónde podíamos encontrarnos. Tartamudeó dos veces. Le propuse vernos en la sala de conferencias número 2, que debía de estar libre a esa hora.

—De-de acuerdo —volvió a tartamudear.

Yo ya estaba en la sala cuando entró, empujando la puerta con la cadera. Llevaba en cada mano un vaso de cartón de la máquina expendedora, y me apresuré a sujetar la puerta y a saludarlo. Era la primera vez que lo veía tan de cerca. Era alto, con un amplio tórax que la bata blanca no lograba disimular. Admiré su porte equilibrado, digno de un nadador profesional, e imaginé lo atractivo que estaría tras salir de la piscina, todavía mojado. Cuando veo a un hombre apuesto, no puedo evitar imaginármelo recién salido del agua, con miles de gotitas transparentes salpicando sus músculos tonificados y deslizándose desde sus hombros bronceados hasta los pectorales y las piernas. Supongo que se debe a que mi primer novio pertenecía al equipo de natación del instituto. Pero fuese o no por ese novio, lo cierto es que ese físico capaz de evocar en mí esas gotas de agua

me atrae mucho, y, desde luego, el cuerpo del doctor S cumplía con creces.

Nos sentamos frente a frente, en sendas sillas destinadas a los asistentes a las conferencias, que tienen acopladas un tablero para poder tomar notas.

—He pensado que sería mejor mientras tomamos un té —dijo, entregándome uno de los vasos.

Reparé en sus dedos, largos y bien formados, como dibujados a lápiz. Su imagen, difusa cuando me cruzaba con él por los pasillos, se tornó nítida hasta en los más pequeños detalles.

Tomó un sorbo de té y descansó ambos brazos sobre el tablero de la silla.

—No..., no se parece usted a su hermano —observó. La franqueza de su mirada no me tranquilizó.

—Es verdad. Ni siquiera en el carácter —repliqué—. No nos gustan los mismos libros, las ideas políticas de cada uno no pueden ser más diferentes...

Bajé la vista hacia mi vaso de té. El líquido cobrizo empezaba a enfriarse y sus posos a sedimentarse. Apuré lo que quedaba en mi vaso y noté un desagradable regusto, incluso un ligerísimo olor a cebolla.

—Es un muchacho apacible, de buenos modales, sereno —prosiguió—, y confío en que el tratamiento sirva de ayuda.

La abertura de su bata al cruzar las piernas dejó entrever unos pantalones blancos y el contorno de sus muslos al tensarse la tela. Vi sus piernas musculosas cubiertas de una fina y reluciente película de agua.

—Pero se encuentra en una situación sumamente gr-grave.

Como si estuviera cargada de un significado atípico, le supuso un esfuerzo considerable pronunciar esa última palabra.

—¿Grave? —repetí, en un murmullo, mientras mis ojos recorrían el contorno de sus muslos.

Tuve la impresión de que, de pronto, me habían arrojado muy lejos de allí, a otras escenas. Sentí lo mismo que cuando mi primer novio me abrazó en el vestuario y presionó su bañador mojado contra mi uniforme de instituto, o cuando contemplé los labios descoloridos de mi madre en la morgue de la policía. Son momentos únicos, inolvidables, que te cortan la respiración, o muy dolorosos.

La ventana de la sala de conferencias no me ofrecía salida: al otro lado solo estaba la pared del pabellón contiguo, apenas a unos metros de distancia. Me encontraba, pues, atrapada en aquella escena concreta.

—Entonces, ¿cuánto tiempo le queda de vida? —Eso era lo que más me importaba, y, además, no se me ocurría ninguna otra cosa que preguntar.

—Entre trece y dieciséis meses.

—Trece meses...

Tardé unos segundos en asimilarlo. *Trece meses* era un plazo que nunca había asociado a nada; no sabía qué significaban realmente, y me sorprendí preguntándome qué podía hacer uno en ese intervalo de tiempo. Por ejemplo, en trece meses, un bebé podía aprender a caminar, un estudiante de preparatoria ingresar en la universidad, una pareja de novios casarse... Intenté calcular lo que implicaba esa cantidad, trece meses, de muchas maneras. Pero al tratar de pensar en lo que trece meses representaban para mi hermano, sentí que mi corazón reventaba como una fruta demasiado madura. Me faltaba el aire.

En la sala de conferencias había decenas de sillas más, cada una con su pequeño tablero acoplado, colocadas, sin excesivo orden, en la misma dirección: la de la pantalla blanca de un negatoscopio. A

los pies de esta había una hoja de papel arrancada de un cuaderno de prácticas, llena de notas y con el dibujo de un cuerpo humano en tinta azul.

Esperé a que el doctor S hablara de nuevo. No lo hizo. Se puso de pie apoyando la palma de las manos en el tablero de la silla y se acercó a una pizarra móvil que estaba junto a la pared; la agarró por uno de sus bordes y tiró de ella hasta situarla frente a mí.

—Pensemos desde la vida, no desde la enfermedad. Todo el personal de este hospital, incluido yo, hará todo lo que esté en su mano por su hermano y por usted.

El modo en que pronunció esa última frase se me antojó tan hermoso que, de nuevo, tuve que bajar la vista. Sin embargo, él no había dejado de mirarme.

Empezó entonces a hablarme de la enfermedad de mi hermano con ayuda de tres tizas de diferente color; del mecanismo por el que las células de su médula habían comenzado a reproducirse sin control, del peligro de que esas células malignas se extendieran por el cuerpo, de los efectos de la medicación en el desarrollo de la enfermedad. Iba saltando de un punto a otro, intercalando aclaraciones breves cuando algún término técnico lo requería. En dos ocasiones se le partió una tiza, y tartamudeó varias veces.

Cada vez que le costaba pronunciar alguna palabra, yo deseaba acariciarle las mejillas para liberarlo de aquella torpeza. Por otra parte, mi desasosiego era tal que sin cesar perdía el hilo de lo que me explicaba: los conceptos se desparramaban y yo solo oía un oleaje rítmico de palabras, un fragor de ideas que rompían contra mis oídos.

—Si desea hacerme alguna pregunta, por insignificante que le parezca, no se reprima —dijo sacudiéndose el polvo de tiza de los dedos y apoyándose ligeramente en la pizarra, a la espera.

—Gracias —repuse, porque no se me ocurría nada mejor que decir—. Tal vez le parezca extraño, pero estoy acostumbrada a esto. Mi madre murió relativamente joven, de forma abrupta, además: por el disparo de un arma de fuego. Como sabe, en el departamento de cirugía digestiva me paso el día mecanografiando historiales de las más diversas patologías, con los datos derivados de las pruebas médicas y sus correspondientes gráficos. Y, al final, marco con una cruz los síntomas. Y mientras voy marcándolos, me digo a mí misma que esa persona también ha fallecido. De manera que..., gracias, lo comprendo; sé que la muerte forma parte de este mundo.

Decidí callar en ese instante; había hablado demasiado. Por su parte, el doctor S asintió repetidamente, provocando con cada movimiento de la cabeza un ligero temblor del fonendoscopio que asomaba del bolsillo de su bata.

—No quiero preguntarme por qué ha tenido que tocarle a mi hermano —añadí—. Es demasiado doloroso.

—Trate de tranquilizarse. Su hermano y usted deben afrontar esto con la mayor calma posible.

—Sí. —Acaricié el vaso de papel, ya frío, y entonces se oyó a lo lejos el timbre que indicaba el final de una clase—. ¿Usted tiene hermanos? —pregunté de improviso.

—Hermanos de sangre, no. En otro sentido, sí. Muchos. —Se alejó de la pizarra y volvió a sentarse frente a mí—. Nací en un orfanato.

—¿En un orfanato?

Era una palabra que no se oía a menudo y, precisamente por eso, resonó con fuerza en mis oídos.

—Así es. Pero no porque yo fuera huérfano, sino porque mis padres dirigían el orfanato.

—Dirigían... el orfanato. —La palabra seguía sonándome extraña.

—A eso me refiero con que tengo muchos hermanos, aunque ninguno de sangre. Algunos encontraban una nueva familia y se marchaban, otros llegaban, pero todos ellos, por el hecho de compartir su vida conmigo, eran mis hermanos.

—Comprendo —repliqué, intentando imaginar aquel ir y venir de niños—. ¿Cómo era cuando uno de sus hermanos se iba con otra familia? Quiero decir..., ¿cómo vivía usted el vacío que dejaba?

—El niño se marchaba mientras los demás se cepillaban los dientes o durante la siesta.

—¿Quiere decir que no se les permitía despedirse?

—Ni de mi padre, ni de mi madre, ni de sus compañeros, porque para la felicidad de los niños que empiezan una nueva vida junto a una nueva familia es vital olvidar el orfanato cuanto antes. Mi padre dirigía una última plegaria por ellos y un último sermón. Eso era todo —explicó el doctor S con el mismo tono con que leería las instrucciones de un electrodoméstico—. Eso era lo que significaba para mí perder a un hermano: la alegría de que había encontrado una nueva familia y el deseo de que nos olvidara lo antes posible para que pudiera ser feliz.

—¿Y yo? ¿Cómo debo afrontar la pérdida de mi hermano? ¿Qué puedo hacer por él? Creo que siento más miedo por mí misma que por su enfermedad. Temo no poder soportar el dolor cuando ya no esté. Que ese dolor me desgare por dentro. Es él quien sufre la enfermedad, pero yo solo pienso en mí, y me odio por pensar de ese modo.

Cuanto más trataba de expresar cómo me sentía, más me corroía el dolor por dentro.

—Dadas las circunstancias, no me parece bueno pensar tan en abstracto —replicó él—. Los pensamientos abstractos suelen llevar a conclusiones abstractas y, por tanto, resulta difícil hallar consuelo en

ellas. Recuerde que su hermano se encuentra en una situación concreta, no en una abstracción.

Sin llegar a ponerse en pie, arrastró la silla hasta situarse frente a mí, haciendo rechinar las patas contra el suelo. Ahora estaba tan cerca que podía notar su calor corporal, su aliento.

—Procure que sus pensamientos se ciñan a lo concreto. P-por ejemplo, si su hermano dice que le duele la espalda, usted sabría darle un masaje, ¿no es cierto?

—Si fuera necesario, podría pasarme la noche entera masajeándole la espalda.

—Y podría recordarle que tiene que tomarse la medicación a la hora que le corresponda, ¿no? Pueden hablar también de viejos recuerdos o incluso chismorrear sobre las enfermeras, si les apetece, ¿verdad? Hay tantas cosas concretas que puede hacer por él...

Yo había bajado la vista hasta su tórax.

—Usted es su hermana mayor, y eso es muy im-importante para él...

Cuando se trabó al intentar decir «importante», sentí el impulso de alargar la mano y acariciarle la mejilla. No lo hice, a pesar de la calma tibia que parecía desprender su rostro.

—Me alegro mucho de haber hablado con usted —dije—. Nunca nadie a quien acabara de conocer me había consolado así.

—Tenga en cuenta que me crie en un orfanato, y nadie necesita tanto cariño y consuelo como los niños huérfanos. Para mí, el consuelo va antes que la cura.

Sus labios esbozaron una sonrisa casi imperceptible. Yo lo miré a los ojos con la mirada frágil pero firme de un niño huérfano.

A partir del momento en que mi hermano ingresó en el hospital, pasé casi todo mi tiempo libre en su habitación. Todos los días, a las cinco de la tarde, salía del departamento de cirugía digestiva y tomaba el ascensor hasta la planta decimocuarta del ala oeste, mientras que los fines de semana me quedaba desde primera hora de la mañana hasta que apagaban las luces. Me encantaba estar allí; me sentía renovada, limpia y ligera, como un bebé en su primer baño.

Aquellas horas eran un paréntesis en mi vida cotidiana, una especie de balsa de salvamento que me permitía escapar de la rutina, y creo que por eso me gustaban tanto. Allí no había restos de comida, manchas de aceite o cortinas llenas de polvo; ni, por supuesto, pepinos podridos o naranjas mohosas.

Una vez al día, a la misma hora, aparecían dos empleadas del servicio de limpieza que, con notable desenvoltura, dejaban la habitación impecable. Llegaban empujando su carrito repleto de fregonas, esponjas y detergentes, todo bien organizado, y, tras intercambiar un par de frases triviales conmigo y con mi hermano, se ponían manos a la obra. Frotaban, fregaban y abrillantaban siguiendo un orden preciso y con una economía de gestos admirable. Mientras una se ocupaba del baño, la otra cambiaba las sábanas y la funda de la almohada, limpiaba la ventana, la nevera y pasaba el trapo por las patas y el cabecero de la cama, por el pomo de la puerta..., por todas partes, en definitiva. Me asombraba su exactitud: ambas terminaban a la vez y, entonces, la que se ocupaba del baño pasaba la aspiradora en perfecta sincronía con la otra, que seguidamente enceraba el suelo.

Mi hermano y yo esperábamos, sentados en el sofá, a que terminaran. Nos reconfortaba ver cómo las esponjas, los trapos con

desinfectante y la aspiradora absorbían los rastros y los olores derivados de la actividad cotidiana atrapada entre aquellas cuatro paredes. Tranquilizaba verlas trabajar de aquella forma tan enérgica y eficiente, y, tras su marcha, dejaban la habitación envuelta en una pátina de brillo seco, como el de un excelente champán.

La habitación parecía inmune al paso del tiempo: el fulgor de las sábanas, la encimera de la cocina, el suelo del cuarto de baño. En esa quietud, sin podredumbre ni desgaste, yo me serenaba. Pero mi hermano no estaba bien, y esa certeza me partía en dos.

En primer lugar, empezó a experimentar grandes dificultades para ingerir alimentos, y día tras día la lista de alimentos que podía tragar se fue reduciendo. Yo elegía la manzana más pequeña y ácida que pudiera encontrar, la colocaba sobre la encimera de acero inoxidable y la dividía en ocho gajos, que luego laminaba en porciones tan finas que parecía que podían romperse. A continuación, tomaba una de aquellas láminas entre mis dedos índice y pulgar y la untaba con crema de queso, esperando que esa suavidad, mezclada con la manzana, le acariciara la garganta. Él se la llevaba a la boca con una atención minuciosa, como si estuviera manipulando un objeto muy preciado.

Quince minutos después de aquel bocado, se incorporaba y, con un «Discúlpame un momento», se metía en el cuarto de baño y cerraba la puerta con premura. Poco después volvía a salir, ya sosegado y en silencio, dejando tras de sí el perezoso fragor del agua al correr desagüe abajo. «Lo siento, no puedo terminármelo», murmuraba, y volvía a meterse en la cama.

Aquello siempre concitaba en mí diferentes sensaciones —compasión, tristeza, desolación—, que se me presentaban en una asfixiante y turbia mezcolanza.

Sobre la encimera metálica, los pedazos de manzana que quedaban empezaban a oscurecerse, y ahí seguía la crema de queso, a la que solo le faltaba una pequeña esquina. Yo procedía entonces a meter los trozos de manzana, las mondas, la crema de queso sin terminar y su envase en una bolsa de plástico negra y, seguidamente, echaba un vistazo rápido a la superficie inoxidable para asegurarme de que no quedara nada. A continuación, depositaba la bolsa en el cuarto de la basura situado al final del pasillo.

No soportaba dejar ningún resto *orgánico* en la habitación. Me repugnaba asistir a la degradación de cualquier despojo, igual que me había repugnado la podredumbre de los pepinos sobre el mueble zapatero y el moho de la naranja dentro de la lavadora en casa de mi madre. Por eso metía de prisa todo desperdicio visible en una bolsa negra de plástico y lo hacía desaparecer.

La puerta del cuarto de la basura era recia y pesada, y sus bisagras reseca chirriaban al abrirse, como un maullido de gato en celo. De dentro salía un olor extraño que, por mucho que lo respirara, nunca lograba definir. Había dos contenedores del tamaño de tres personas tumbadas: uno de residuos reciclables y el otro de residuos orgánicos. El de los reciclables contenía sobre todo frascos de medicamentos y ampollas. Yo arrojaba la bolsa al de residuos orgánicos, sujetándola por el nudo, y después de contemplar cómo caía y se depositaba junto a otras semejantes en el fondo del contenedor, salía de allí. El maullido de gato al cerrarse la puerta a mis espaldas me proporcionaba la inmediata sensación de haberme quitado un gran peso de encima.

Castañas hervidas con miel, ensalada de verduras con pomelo, gambas al jugo de kiwi... Mi hermano no podía con nada de eso: le bastaba probarlo para que le entraran ganas de ir al baño. Salía de

él como un pájaro empapado y volvía a meterse en la cama, mientras yo, sin pestañear, echaba a la bolsa negra la cáscara de las castañas, las fibras duras de las verduras y la cola de las gambas, y, tras anudarla bien, la arrojaba al contenedor del cuarto de la basura.

Y, de ese modo, yo también fui perdiendo paulatinamente el apetito. Le propuse a mi hermano que bajáramos al comedor del hospital, pero desestimó la idea. Eso significaba resignarse a la humedad del nudo de la bolsa negra al salir al pasillo a tirarla y a la visión lastimosa de su cuello frágil al incorporarse en la cama. Solo pensarlo me dejaba sin palabras.

La palidez de mi hermano aumentaba a medida que transcurrían los días; seguía vomitando, y, poco a poco, su cuerpo dejó de oler. Todo él parecía ir fusionándose con la asepsia de la habitación.

Para sorpresa de ambos, las uvas —en concreto, las de la variedad colman— era lo único que digería sin dificultad. No entendíamos qué tenían que no tuvieran la manzana o la crema de queso, pero acabaron convirtiéndose en nuestro sustento diario.

En la tienda del hospital solo vendían una variedad de uva modificada genéticamente, así que bajaba la cuesta hasta la frutería del campus universitario para comprar las colman. Si allí no había, tomaba el metro y buscaba en alguna frutería más grande de la ciudad. La búsqueda era tan laboriosa que, cuando daba con ellas, sentía la misma alegría que al reencontrarme con una vieja amiga. Comparaba los paquetes con paciencia y escogía el de las uvas más firmes y lustrosas; luego, con mi botín, emprendía el camino de regreso a la habitación del hospital.

Buscar uvas se convirtió en la tarea más importante que yo debía cumplir, sobre todo cuando bajaron las temperaturas y, pasada la temporada, se volvió mucho más difícil encontrarlas. Entonces me invadía la misma angustia que si me arrojaran a una piscina

profunda y solo pudiera bracear desesperada en el agua para no hundirme.

—Buenas noches.

Despedirme de él y cerrar la puerta de la habitación al salir era, para mí, el punto final del día. Aún debía volver a mi casa, pero esas horas ya no contaban.

Mi marido era profesor adjunto en una facultad de ciencias, a las afueras de Tokio, y llegaba a casa tardísimo. Lo conocía desde hacía nueve años y, a pesar de que ya entonces vivía volcado en sus investigaciones sobre genética, yo seguía sin tener ni idea de qué era exactamente lo que hacía, en qué consistía su investigación, qué finalidad tenía y cuáles eran sus resultados. Cuando pensaba en él, lo primero que me venía a la mente era su ausencia: su ausencia en casa, en nuestra relación. La analizaba desde todos los ángulos posibles, porque eso era él para mí: ausencia.

Por eso, siempre me encontraba la casa a oscuras; siempre era yo quien encendía la luz, y lo primero que hacía era ir a la cocina y mirar el fregadero. Este era mi punto débil; tan débil que no podía pasarlo por alto, no podía evitar mirarlo cada noche al volver a casa. En la pila se acumulaban los platos y los vasos que había usado mi marido por la mañana: la taza de café volcada sobre el platito de postre, el plato de la carne apoyado sobre ellos y, asomando entre unos y otros, un cuchillo, un tenedor y una cucharilla para el té. Y yo me quedaba absorta ante el fregadero, contemplando aquel conjunto como si de una obra de arte se tratara.

Pegado al borde de uno de los platos, como una lombriz intestinal, colgaba un hilo de huevo pasado por agua, y, tiñendo de marrón un pedazo de apio, el café derramado de la taza; salpicándolo todo, restos resecos de yogur que hacían pensar en despojos de cerebro. Era, en definitiva, un muestrario de desechos orgánicos.

Con un desagrado parecido al que habría sentido si me hubiera tragado un pedazo de pintalabios, notaba una arcada y, entonces, debía esforzarme por evocar la habitación del hospital: la blancura de sus sábanas, el brillo de su cocina.

El ingreso de mi hermano coincidió con que a mi marido le asignaron un nuevo e importante proyecto de investigación, y sus jornadas de trabajo se alargaron tanto que empezó a llegar a casa sobre las tres de la madrugada. Ponerme a cocinar a aquellas horas me suponía un gran trastorno. El embotamiento del sueño —los sentidos apagados por la somnolencia y la incapacidad siquiera de imaginar sabores— contrastaba con la agilidad de mis dedos, que parecían seguir a ciegas las órdenes de una función fisiológica. La ventana de la cocina era un parche de luz en la abismal oscuridad del exterior, y los sonidos que se producían tras ella retumbaban en esa claridad interior y se desperdigaban por el suelo de la casa.

Yo ponía sobre la mesa el estofado de ternera, una ensalada y dos panecillos, y, a continuación, nos sentábamos, uno enfrente del otro.

—¿Qué tal va? —preguntaba él, repasando con la mirada los platos encima de la mesa.

—No muy bien —contestaba yo, lacónica.

Últimamente, nuestras conversaciones casi siempre comenzaban igual.

—¿En qué sentido? —insistía él, esperando que le detallara los pormenores del estado en que se encontraba mi hermano, pero yo no daba con las palabras adecuadas para describirlo. ¿Cómo podía

hacerlo, si para mí era imposible asimilar su enfermedad desde todo punto de vista racional? Lo único que podía decir es que, mientras me encontraba junto a mi hermano, yo flotaba en un mar de pura emoción y sentimiento; un mar de aguas limpias y cristalinas. Mejor dicho: yo misma era ese mar.

—La anemia no remite. Ha perdido el apetito, y los efectos secundarios del tratamiento empiezan a pasarle factura. —Yo salía de aquel mar en el que flotaba e intentaba enumerar una lista de hechos fisiológicos concretos.

—Nada que invite al optimismo, ¿verdad? —Removía con desgana la salsa marrón del estofado con la cuchara.

—Nada...

Nuestra conversación sobre la enfermedad de mi hermano quedaba irremediablemente truncada por la incertidumbre de lo que estuviera por venir mientras mi marido trataba de atrapar distraídamente, con su cuchara plateada, un poco de la salsa marrón del fondo del plato.

—¿Sigue con las uvas?

—Sí. Y yo también. Se nos van a poner morados hasta los genes —repose, fijando la vista en sus labios. Sonrió y sorbió la salsa de la cuchara. Una gota marrón resbaló hacia la comisura, pero la lengua, rápida como un molusco, acudió a detenerla. Los labios le brillaban ahora con una fina película de saliva y grasa.

Cada vez que mi hermano se llevaba a la boca algo que no fueran uvas, yo le miraba los labios con angustia por si acababa vomitándolo, y rogando que pudiera digerirlo sin problema. De ahí había nacido mi costumbre de mirar también los labios de mi marido durante nuestras cenas tardías. Y si veía a alguien comer por la calle o en la televisión, los ojos se me iban a su boca y ya no podía apartarlos. Me quedaba absorta, como ante un fenómeno

atmosférico extraordinario, y mi curiosidad se extendía entonces al tipo de alimento que consumía, a su aspecto, al utensilio que usaba para llevárselo a la boca, a los platos, a los labios, a la lengua, a la garganta... No se me escapaba nada.

No obstante, nadie tenía un estilo tan delicado como el de mi hermano al comer las uvas. En los demás siempre había algo —el movimiento de sus labios, el ruido que hacían al masticar, el brillo de sus dientes— que los diferenciaba de él y que despertaba en mí un leve pero inevitable desagrado.

Yo observaba los dedos de mi hermano, teñidos de morado por el jugo de las uvas, tan delicados como una obra de arte, y me recreaba, sin cansarme y con auténtico placer, en contemplar cómo aquel color intenso iba cubriendo su piel blanca y transparente.

Con la mejilla apoyada en una mano, notaba el frío de la noche colarse por las mangas de mi pijama. El silencio que guardábamos hacía aún más evidentes los ruidos de mi marido al comer. Era una quietud helada, tan fría que dolía en la piel, y en mitad de esa quietud emergían, punteándola, todo tipo de sonidos —el chapoteo de la carne, el chasquido crujiente de la ensalada— procedentes de su boca.

—¿Te importa que me quede con él todo el fin de semana?

—¿Por qué iba a importarme?

—No sé. ¿Qué planes tienes para el fin de semana?

—Ir al laboratorio de la universidad y pasarme allí las horas. Con lo liado que estoy con la investigación...

—Qué fastidio.

—Cada uno tiene lo suyo.

—Lo que pasa es que solo nos vemos para cenar, a las tres de la madrugada, y no sé si eso encaja con la idea de un matrimonio normal.

—A mí no me parece tan raro. Yo me conformo con verte todos los días a las tres de la madrugada. —Clavó el tenedor en un trozo de tomate y en un brote de nabo, que tembló como la antena roja de una mariposa.

«No entiendo cómo alguien tan agradable como tú puede llevarse cualquier cosa a la boca», pensé, mirándolo. Para mí, comer y ser agradable eran dos aspectos incompatibles del ser humano.

Me parecía haber visto en alguna parte el mismo color del estofado, aunque no recordaba dónde. Medité sobre ello durante unos minutos. Aquel líquido tibio que bañaba las patatas, las zanahorias, los champiñones y la cebolla hervida me traía recuerdos de algo. ¿De qué?

Lo miré de nuevo y oí el sonido húmedo de lengua, dientes y saliva, ese sonido carnosos...

Y entonces lo recordé. «¡Carnoso! ¡Claro! Esa carnosidad carente de humanidad que tuve delante de mí en una ocasión.» Había sido en un quirófano. Desde el habitáculo de observación, había asistido a una operación, y comprendí que el estofado tenía el mismo aspecto que el líquido que brotó de las entrañas del paciente: extraño, sobrecogedor.

Recordar aquello me produjo tanto alivio como si hubiera recuperado un objeto perdido. Fue una sola vez, junto a unos estudiantes de sexto curso. El quirófano estaba en la octava planta, y a esta solo podía accederse por medio de un ascensor de uso exclusivo para el personal del hospital. En el mismo instante en que se abrían las puertas del ascensor, a uno lo sobrecogía la frialdad de la atmósfera allí dentro, tan distinta de la del área de pacientes o de la del laboratorio. En el vestíbulo no había sofás, teléfonos públicos ni maceteros con plantas. No había nada: reinaban la sencillez y la limpieza, y un tenue velo de penumbra que desdibujaba los

contornos de la sala. Apenas la mitad de las luces estaban encendidas. Arrastrada por los demás estudiantes, crucé el vestíbulo y lo dejé atrás.

La sala de operaciones era más pequeña y austera de lo que había imaginado. El suelo, las paredes y el techo, incluso el instrumental quirúrgico, tenían el color del cemento. Concentrados en su trabajo, los cirujanos y las enfermeras no nos prestaron la menor atención. Subimos por unas empinadas escaleras que atravesaban un hueco en el techo, tan estrecho que solo permitía el paso de una persona, y entramos en el cubículo desde el que podíamos seguir el desarrollo de la operación. Una vez allí, me separé un poco de mis compañeros y desplegué el impreso donde se describía, paso a paso, la intervención: Keiko Kimura, treinta y cuatro años, extirpación de ovarios.

Manos enfundadas en guantes blancos se cruzaban sobre el cuerpo tendido de la paciente y manipulaban sus entrañas, congestionadas de un rojo intenso que hasta me parecía hermoso. De lo más hondo, extrajeron los ovarios. Uno de los cirujanos los sostuvo en la palma de la mano, como si evaluara su peso, y estos, al resguardo, se estremecieron levemente, como si bajo su tensa y curva superficie se agazapara todavía el dolor que la joven hubiera sentido antes de la extirpación.

—Es un endometrioma —susurró uno de mis compañeros.

Lo miré y repetí para mí aquella palabra: «endometrioma», y pensé en lo bien que sonaba y hasta creí poder metérmela en la boca, sujetándola entre el índice y el pulgar, y dejar que se derritiera entre la lengua y el paladar.

Luego, otro cirujano apoyó el bisturí en la piel y practicó una incisión de la que brotó un líquido que no me resultó apetecible en absoluto; al contrario, su color de podredumbre me resultó repulsivo

en grado sumo, hasta el punto de provocarme náuseas. El líquido empapó los guantes de los cirujanos y arrastró consigo el calor corporal y el hedor acumulado hasta entonces.

Era la primera vez que veía un color como ese. Durante unos instantes, no pude apartar la vista de aquel líquido surgido del endometrioma, e incluso acerqué el rostro al cristal del habitáculo, deseando captar con los ojos su calor, su textura, su olor.

Miré a mi marido de igual manera, percibiendo el calor del estofado y fijándome, a través de la leve abertura de sus labios al masticar, en su lengua teñida de un color semejante al de la sangre en estado de putrefacción.

—¿Conoces los síntomas y los efectos de un endometrioma? —le pregunté, y de inmediato me cuestioné, casi sintiendo miedo de mí misma, adónde diablos quería ir a parar con una pregunta como esa.

—Ni idea —respondió con indiferencia.

No, claro. ¿Por qué iba a saberlo?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo desmenuzando el pan y llevándoselo a la boca, ajeno al color de su lengua.

—Por nada... —contesté, y, acto seguido, quizá con escaso tacto, añadí—: A una amiga la han operado de eso.

—Ah, olvidaba que trabajas en un hospital —dijo hundiendo la cuchara distraídamente en el estofado.

En mi cabeza empezaron a mezclarse dos imágenes: la del estofado que mi marido saboreaba con gusto, y la del líquido que yo había visto a través del cristal del quirófano. Sentí unas ganas irreprimibles de hablarle de ello, pero me contuve a tiempo. Y mientras yo cerraba mi boca con fuerza, sus labios seguían moviéndose al ritmo de los dientes al masticar.

Restos de verdura, posos de café y migajas de pan se acumulaban en el fregadero, detrás de él, y yo alternaba la mirada entre aquella

suciedad y sus labios. Considerando la voluptuosidad y el instinto ciego de ese acto, con el fregadero sucio a la espalda de mi marido, me pregunté por qué comer podía llegar a ser tan repulsivo.

Ojalá al otro lado de la ventana, en aquella oscuridad cerrada, hubiera habido un pasillo y una puerta que diera a un cuarto de la basura, como en el hospital. Eso me habría proporcionado tranquilidad. Habría metido la comida en bolsas negras, que llevaría a lo largo del pasillo, y tras hacer girar el pomo con un chirrido habría arrojado con todas mis fuerzas la bolsa al contenedor, como quien lanza un violento escupitajo. Habría tirado todo lo relacionado con la vida cotidiana y vivido en una calma limpia e inmutable, como un objeto de vidrio. Eso deseaba hacer. Pero me encogí de hombros. Hacía mucho tiempo que detestaba la llamada «vida cotidiana».

De niña, cuando volvía a casa del colegio, encontraba a mi madre plantada en medio del salón, con la mirada perdida y rodeada de montañas de ropa por lavar. Ella las contemplaba inmóvil, y yo, al encontrarme con aquella escena desoladora, me ponía a pisotear y a dar patadas a la ropa sucia y a gritar como una posesa.

—¡La ropa sucia así, sin lavar, es como basura! ¿No lo ves? ¡Hay que lavarla, plancharla, doblarla y guardarla en el armario! ¡Eso es lo que hay que hacer con la ropa! ¡No me parece que sea tan difícil de entender! —Y, bajo mis pies, toallas, pañuelos y calcetines se arremolinaban y formaban un gurrño aún más caótico que el inicial.

—Sí, lo sé —replicaba ella, sin inmutarse—. Justo estaba pensando en eso. —Entonces, me miraba lánguidamente.

No cabía duda de que su sentido práctico se había agotado, como un surtidor del que ya no brota agua. Eso, naturalmente, alteró mi modo de afrontar la vida cotidiana.

Me veo contemplando el jardín, centrando mi atención en un macizo de pensamientos en pleno esplendor, y encontrando entre

ellos un plato abandonado. No era un vulgar plato comprado en cualquier mercadillo, sino uno de porcelana de importación, sobre el cual, para más inri, reposaban dos porciones de tarta de fresas con nata. Tratando de entender cómo era posible que unas porciones de tarta hubieran acabado allí, fui acercándome poco a poco al grotesco espectáculo.

—¡Mamááá! —grité, avanzando entre los pensamientos y agachándome para poder observar de cerca aquella escena absurda.

Allí estaban, entre el aroma de la hierba, la tierra húmeda y el polen de las flores, las dos tristes porciones de tarta cubiertas de nata, caídas sobre un plato y expuestas al calor del sol que brillaba a mis espaldas. Las examiné como a través de un microscopio y vi que los adornos de nata se habían derretido por completo. Enmarcando las líneas desdibujadas de aquella blancura, destacaban nítidos los pétalos de los pensamientos, de un color tan vivo que parecía recién pintado. Aunque las flores parecían sonreír, el olor dulzón de la nata, tan fuera de contexto, me revolvió el estómago. Pero lo más inquietante era una línea negra que cruzaba la superficie de nata, tan bien trazada y consistente que, a primera vista, parecía inmóvil, hasta que parpadeé dos o tres veces y distinguí el temblor de innumerables patitas. Eran hormigas. Sorteaban el borde del plato, avanzaban tambaleantes por la resbaladiza superficie de la porcelana y se encaramaban en perfecta formación a la nata viscosa, donde casi se hundían. Embadurnadas de un blanco opaco, avanzaban con pesadez, luchando por seguir adelante entre la masa pegajosa. La contemplación de aquella interminable y grasienta fila de hormigas en apuros volvió a provocarme náuseas.

Por más que intentaba apartar aquella imagen, no podía evitar verme a mí misma dándome un festín de nata montada. Incluso sentía en la lengua su textura blanda y su sabor dulce, como si

verdaderamente estuviera degustándola. Tibia por el sol, la nata se esparcía por la boca y se fundía hasta llenarla entera. No tardaba en notar también un dulzor vegetal y, al poco, el cosquilleo de las patas de las hormigas en la lengua y las encías. Atrapadas en la mucosidad, chapoteaban y me picaban, pero continuaban invadiéndome la boca, cada vez más, y me parecía que tuviera dentro de mi boca miles de huevos a punto de eclosionar.

—¿Qué hace esto aquí, mamá?! —chillé, como si de mi chillido dependiera poder escupir y expeler de mi boca todas aquellas hormigas bañadas en nata.

Esa vez, mi madre sí me oyó.

—Estaba sentada en el jardín, junto a los pensamientos, y la vecina me ha traído unas porciones de tarta. «Mira», me ha dicho, «son para ti, para que las pruebes», me ha dicho, y, bueno, yo se lo he agradecido, claro. El plato pesaba bastante, pero las porciones de tarta tenían un aspecto tan tierno que parecía que fueran a romperse al menor descuido. Y entonces me he quedado aquí de pie un rato, pensando qué hacer. Sabía que tenía que hacer algo, pero no sabía el qué. Tenía la cabeza ida y estaba paralizada. Y se me ha ocurrido que, de momento, para que no se me cayera la tarta al suelo, tenía que dejar el plato ahí. Solo pensar eso ya me ha costado bastante esfuerzo...

—Lo sé, lo sé, mamá. Como estás enferma, encuentras una justificación para todo, tanto para lo que haces como para lo que no haces. Se te da bien buscar excusas.

A causa de la rabia y la frustración que sentía, me puse a pisotear las hormigas que había por el suelo. ¿Y qué hice con las dos porciones de tarta? Eso no lo recuerdo. Supongo que las tiré a la basura de inmediato, y que aplasté tantas hormigas como pude y después fregué el plato ennegrecido con todas mis fuerzas. Por

aquel entonces, el cubo de la basura de casa estaba siempre lleno de comida echada a perder.

Me casé y hui de aquel caos, pero, de ese modo, condené a mi hermano pequeño a implicarse más en la vida cotidiana junto a nuestra madre. Fuera como fuese, de poco me sirvió escapar, pues seguí atada a las tareas domésticas, y aquella noche, como tantas otras, tuve que fregar los platos sucios. Esta vez, sin embargo, lo hice pensando en el endometrioma mientras frotaba la roña adherida a la vajilla. El estofado sobrante, con su color parduzco de endometrioma, se acumulaba en un rincón del fregadero. No, definitivamente no había manera de huir del desagrado que me provocaban los pormenores de la vida cotidiana.

El cristal de la ventana, oscurecido por la negrura exterior, reflejaba la mesa y nuestra propia imagen con una claridad extraordinaria. Uno podría imaginar que, al otro lado, se extendía un espeso bosque, oscuro, abismal, y no la calle. Y mientras yo le daba vueltas a esa idea, mi marido terminó de cenar. Apenas dejó sobras.

—¿Te ha gustado? —le pregunté, observándolo con cierto recelo.

—Sí, estaba muy rico —dijo con el tono más cariñoso que pudo. Apoyó las manos en la mesa para ponerse en pie y acercó su rostro al mío para besarme con suavidad. Al hacerlo, noté el inconfundible hedor de la sangre en estado de putrefacción.

El otoño fue volviéndose más frío, tanto que dolía el pecho al respirar si uno no se abrigaba lo suficiente. Con el paso de los días, también las uvas colman empezaron a escasear. La única manera de hacerse con ellas era encargándolas en la frutería especializada del

sótano de un centro comercial que vendía fruta de invernadero. Yo iba allí tan a menudo —casi a diario— que la dependienta sonreía nada más verme aparecer y, sin esperar que yo dijera nada, iba a buscar la caja rectangular con el dibujo de unas uvas.

—¿Qué le parecen estas colman? ¿No tienen una pinta estupenda? —decía con orgullo, levantando la tapa de la caja para mostrarme su contenido, que yo ya veía como el billete de entrada a la habitación de hospital de mi hermano. Así de importantes se habían vuelto las uvas para mí.

La mañana de los sábados, una vez terminadas las revisiones, aquella ala del hospital quedaba sumida en una calma profunda. En una de mis visitas, al cerrar la puerta de la habitación a mi espalda, lo encontré incorporado en la cama. Cerró de golpe la revista deportiva que acostumbraba a leer y me dirigió un breve saludo. Reparé en la foto de la portada: el instante decisivo de la victoria de un equipo en un partido de la liga de béisbol profesional de Japón.

—Hola.

—Hola.

Tras intercambiar aquellos acostumbrados saludos tan poco efusivos, me dirigí a la nevera y guardé la caja de uvas junto a un bote de acondicionador para el pelo. Mi hermano me había dicho que le aliviaba aplicárselo frío. El frigorífico estaba tan vacío que cada vez que abría la puerta me deslumbraba la luz blanca del interior.

—Me han salido llagas en la boca y me cuesta hablar —me dijo ese día—. Es como si no fuera mi propia boca.

La abrió para que lo comprobase por mí misma. El gesto, infantil y tierno, me hizo restar importancia a las llagas.

—Se lo habrás dicho al médico, ¿no? Aguantarse no sirve de nada. Una pomada y listo —dije con una sonrisa. Él asintió con la cabeza y

cerró la boca.

Tras aquel silencio, mi hermano volvió a abrir la revista y fijó la atención en una página con un titular acerca de la reñida lucha por los primeros puestos de la clasificación. Yo me senté en el sofá y permanecí inmóvil un buen rato.

Las dos empleadas de la limpieza hicieron su trabajo con la minuciosidad de siempre y, cuando terminaron, la habitación volvió a quedar impecable. Yo no me sentía culpable por estar allí de brazos cruzados. Podía pasarme horas y horas sin hacer nada, porque me bastaba estar junto a mi hermano, rodeada de aquella limpieza, para sentirme feliz.

Resultaba extraño que fuera capaz de encontrarme tan a gusto sin apenas hablar, encerrada durante horas entre las cuatro paredes de aquel espacio habitado solo por nosotros dos. Quizá ayudaba el hecho de que no sentía necesidad de pensar en nada que no fuera estrictamente necesario, y que él y yo parecíamos sintonizados en la misma longitud de onda, y nuestra respiración y nuestro pulso estaban sincronizados. Justo lo contrario me sucedía con mi marido: sentados ambos a la mesa para cenar, a las tres y pico de la madrugada, yo no hacía más que pensar en cosas inútiles y caprichosas, en líquidos que empapaban guantes o en hormigas que pululaban por la boca. En la habitación del hospital, en cambio, no experimentaba ni un solo segundo de desazón. Al contrario: la paz que me transmitía me hacía sentir ligera, casi hueca por dentro.

Hasta entonces no había sido consciente de cuánto quería a mi hermano. Sentada en el sofá, sentía crecer ese afecto por él, un sentimiento cálido y blando, parecido al de las primeras fases del enamoramiento o al que se experimenta al sostener en brazos un bebé. Al menos, era así como yo me había sentido al empezar a salir con alguien: fascinada por sus gestos, sus palabras y su cuerpo,

mientras los pensamientos negativos caían por sí solos, sin hacer ruido, y tenía la impresión de que mi interior se volvía más hermoso al volcarme por completo en la persona amada, con una intensidad que rozaba el dolor. Eso era lo que me despertaban aquellos días junto a mi hermano.

Pero el amor que sentía por mi hermano no nacía de una atracción masculina. No me importaba su sexo; de hecho, nada habría cambiado si él, en vez de hombre, hubiese sido mujer. Las primeras fases del enamoramiento son, en todo caso, muy breves, y el remolino del amor enseguida la arrastra a una a la siguiente fase, al centro mismo del huracán, y entonces ya no hay vuelta atrás. Las tensiones sexuales hacen que el asunto se complique y el ánimo se enturbie, y los actos de generosidad entre los miembros de la pareja dejan de ser desinteresados y empiezan a medirse. Eso mismo fue lo que me ocurrió con mi marido. Lo que yo sentía por mi hermano, en cambio, era distinto. No era el vínculo entre un hombre y una mujer, sino entre un hermano y una hermana, y, por tanto, no había riesgo de verse arrastrados al centro de ningún huracán. Podríamos haber seguido siempre igual, sin experimentar cambio alguno en nuestra relación, saboreando para siempre la dulzura del primer amor. Y al flotar en ese eterno comienzo, no habría por qué temer que el amor se rompiera. Y si alguien se atrevía a preguntarme «¿Hasta cuándo?», yo podría responder: «Hasta que su muerte nos separe».

Si mi hermano no hubiera enfermado, yo habría seguido adelante sin saber lo que significaba amarlo de verdad. La palabra «hermano» bastaba para ordenar y delimitar lo que nos unía. Fue su ingreso en el hospital, y la habitación que le asignaron, lo que me permitió descubrirlo realmente.

Fuera brillaba el sol y el aire claro de aquel día despejado entraba en la habitación. Desde que había regresado a Tokio, casi todos los

días había lucido el sol; la humedad y la lluvia se habían mantenido alejados, y los edificios de la urbanización se recortaban contra el cielo azul en un intrincado puzle de líneas rectas.

—Hermana —dijo mi hermano. La revista deportiva descansaba ya sobre la mesilla de noche. Sacó las piernas de entre las sábanas, se colocó la almohada sobre ellas y se giró para quedar frente a mí—. ¿Qué hace tu marido hoy?

—¿Eh? —respondí, sorprendida por lo inesperado de su pregunta.

—Como es sábado, me preguntaba qué estaría haciendo —explicó.

—Ah, bueno, está en el laboratorio, como siempre. Ya sabes, los experimentos nunca se terminan del todo, siempre hay algo más que hacer. Hoy toca experimento; mañana toca experimento también. Es un trabajo interminable. Yo no podría soportarlo, acabaría volviéndome loca. Pero me pregunta por ti. Se preocupa. Es lo primero que hace: preguntarme por ti. Lamenta no haber tenido tiempo para venir a verte.

—Eso me da igual —dijo con la mirada fija en la pared.

La palidez de su cuello y sus manos resaltaba sobre el azul del pijama que llevaba puesto. Pensé que las células de su piel debían de estar volviéndose transparentes poco a poco, una a una. Si su cuerpo acababa transparentándose por completo, se confundiría con el aire y le esperarí una muerte hermosa. Ese pensamiento me entristeció. Sus ojos miraban un punto lejano, más allá de la habitación.

—¿Te va bien con él? Con tu marido, me refiero.

—Nos las arreglamos.

—Es que casi nunca os he visto juntos, y no consigo recordar ningún gesto cariñoso entre vosotros.

—Bueno, supongo que porque soy discreta, y la vida consiste sobre todo en comer, dormir, sacar la basura..., las tareas cotidianas,

vamos —contesté mientras en mi mente se proyectaban, alternativamente, las imágenes de la nata cubierta de hormigas y del estofado a través del cristal de la sala de operaciones—. La vida cotidiana es un fastidio, sucia y pueril.

—Vaya —resopló lánguidamente, y su voz fina como una oblea se disolvió en el aire.

Oímos entonces el chirrido de una silla de ruedas al pasar por el pasillo frente a la puerta de la habitación, y él se quitó la almohada de encima de las piernas y volvió a meterse entre las sábanas.

—¿Has oído hablar de esa técnica de meditación en la que uno proyecta imágenes en la mente? —pregunté—. Los deportistas recurren a ella a menudo.

Él me miraba, arropado hasta los hombros.

—Sí —contestó.

—A veces lo hago. Por la noche, mientras espero a que vuelva a casa, me imagino a mi marido y a mí viviendo juntos de manera perfecta. Llevamos una vida tranquila y desahogada, nos sonreímos y yo no hablo más de la cuenta. Eso es importante, porque a menudo lo aburro por hablar demasiado. Así que intento vernos manteniendo conversaciones cálidas y relajadas. Él me acaricia el pelo, apoya la mano en mi hombro; en definitiva, hay contacto físico entre nosotros. Mantenemos la casa limpia y ordenada. Los muebles brillan. Voy definiendo mejor cada imagen, viendo cada cosa con mayor nitidez, y, entonces, lo imagino volviendo a casa.

—¿Y qué pasa después?

—Que, en unos segundos o, con suerte, unos minutos, todo lo que he imaginado se desvanece. Basta una palabra fuera de lugar o un gesto torpe para arruinarlo. Lo que me ha llevado horas construir se viene abajo, así que a veces prefiero imaginar que no vuelve.

—Vaya... —dijo, asintiendo despacio con la cabeza antes de añadir —: Veo que voy a morirme sin saber muchas cosas. Por lo pronto, no voy a tener tiempo de casarme. —Desvió la mirada.

Me pareció que las palabras flotaban entre nosotros, meciéndose antes de caer al suelo. Habría querido recogerlas y conservarlas, pero no sabía cómo. Saber que pensaba de un modo tan concreto sobre su propia muerte fue como si me hubiera tragado un cubito de hielo y sintiera su frío doloroso en el pecho.

—Ni siquiera he hecho el amor. Voy a morirme sin haberlo hecho nunca.

Aunque jamás lo había oído hablar con tanta franqueza sobre algo tan íntimo, su expresión permanecía serena, sin asomo de tristeza ni melancolía. Me puse en pie y me apoyé en el marco de la ventana. La cuesta que bajaba desde el hospital se alargaba entre las hileras de árboles de ginkgo del campus de la universidad. No se veía a nadie paseando por el lugar. Era como si nos hubieran dejado solos, como si no existiera nadie más que él, yo y sus inocentes palabras.

—Lo de hacer el amor... —dije, con la garganta algo seca— tampoco es para tanto. Es solo otra de esas cosas de la vida cotidiana que se repiten una y otra vez...

Él se cubrió medio rostro con las sábanas. Yo deslicé los dedos por el borde de las cortinas bordadas.

—Es algo que la gente hace con toda normalidad. Forma parte de esas vulgaridades de la vida cotidiana. Darle tanta importancia, como si fuera una asignatura pendiente, me parece exagerado. No estés triste por eso. De verdad, no merece la pena.

—De acuerdo, hermanita —aceptó, y se cubrió por completo.

Que me llamara así me enternecía tanto que se me cortaba la respiración. Vi cómo la delgadez de su cuerpo marcaba un relieve bajo las sábanas y deseé abrazarlo.

Me aparté de la ventana y me arrodillé junto a la cama, a la altura de la almohada. Por el borde de las sábanas, que lo cubrían hasta la coronilla, asomaban unos mechones de pelo. Se los acaricié y entonces noté que temblaba. Estaba llorando. Lo hacía en silencio, pero las lágrimas pronto empaparon la tela de las sábanas.

—No es para llorar así.

Seguí acariciándole el pelo. El tiempo se había detenido para ambos. Pasar las horas allí, junto a él, me llenaba de felicidad. Nada me gustaba más que sentir su calor en la palma de mi mano al acariciarle el pelo.

—No llores, no llores.

Seguí acariciándolo como si rezara. De no haber sido por las lágrimas de mi hermano, aquel habría sido un sábado perfecto. Los dos nos encontrábamos a una distancia infinita de la vida cotidiana, tan vulgar y sucia; aislados de ella, sin interferencias, en perfecta armonía. Mientras la palma de mi mano rebosaba de placer al acariciarlo, él seguía llorando con aquella pureza.

A partir de aquel día, no volvió a llorar ni a mencionar la muerte. Siguió comiendo uvas con desgana y yo seguí tirando la piel y las pepitas al contenedor del cuarto del pasillo. Me dolía pensar en aquello, pero no podía evitar hacerlo varias veces al día. Con el paso de los días, el tacto de su pelo al acariciarlo empezó a corroerme por dentro: en aquella habitación inmutable, mi hermano iba debilitándose lenta e inexorablemente.

La tarde del sábado siguiente bajé la cuesta hacia el campus para buscar en la biblioteca un libro que él me había pedido. Me gustaban

las bibliotecas por lo mismo que me gustaba la habitación del hospital: en ellas tampoco se percibe el olor de la vida cotidiana; en ellas reina la quietud, y quienes las frecuentan parecen replegados hacia su mundo interior. En ellas, nada enturbiaba mi ánimo.

El techo era muy alto, y las ventanas, altísimas, me permitían contemplar las hojas de los ginkgos, de un brillante color verde, y una amplia franja de cielo azul mientras caminaba entre las estanterías. Eran tan altas que me mareaba al alternar la mirada entre los lomos de los libros y el follaje exterior. El suave golpeteo de mis tacones al caminar parecía elevarse en línea recta hasta el techo.

Con la nota que me había escrito mi hermano, recorrí las secciones de historia del arte, teatro y literatura estadounidense contemporánea. Mientras trataba de localizar la «I» de «Washington Irving», alguien pronunció mi nombre a mis espaldas. Me volví y me encontré con el doctor S. Verlo fuera de su entorno habitual, sin su bata blanca, me resultó extraño y, sin querer, lo miré de arriba abajo.

—¿Vi-viene a menudo por aquí? —preguntó en voz baja, acercando su rostro al mío.

Si en una situación así también tartamudeaba, estaba claro que no tenía remedio. Tuve que aguantarme una risita.

—He venido a por un libro que me ha pedido mi hermano.

Vestía un jersey de color suave y unos vaqueros. Ese aire informal confirmaba lo que yo había pensado antes al verlo con la bata blanca del hospital: tenía cuerpo de nadador, un cuerpo hermoso, sin duda. Mis ojos recorrieron el ángulo de su cabeza al sostenerme la mirada, la curva firme de los hombros, la musculatura de los brazos y el pecho, así como el armonioso conjunto de la cintura y las piernas.

—Yo también vengo a menudo —replicó—. En la biblioteca de la facultad apenas hay nada que no tenga que ver con la práctica de la medicina.

Nuestras voces hendían el aire inmóvil de la gran sala, se inflamaban y chocaban contra el techo. La bibliotecaria del mostrador de préstamos, sentada detrás —a buen seguro, una estudiante contratada a tiempo parcial—, nos miraba. Sus manos, antes ocupadas en ordenar las fichas, se habían detenido.

—¿Le importaría que saliéramos un momento? —propuso el doctor S en un tono aún más bajo. Debía de haberse percatado de la mirada de la estudiante.

—De acuerdo. Espere un segundo: voy al mostrador a que me registren el libro y enseguida vuelvo.

Me apresuré a coger *El Hotel New Hampshire* del estante de la «I» y otros dos libros más y me acerqué al mostrador.

La avenida principal del campus partía de la puerta frontal de la biblioteca y se prolongaba en línea recta, flanqueada por los vivos tonos ocres de las hojas de ginkgo. La brisa se entrelazaba con las hojas, azuzándolas, y, a intervalos de intensidad, desprendiéndolas de sus ramas para llevárselas consigo. Bañada por el sol, la silueta amarilla de los árboles se delineaba con precisión sobre el fondo azul del cielo, lanzando un mar de destellos desde cada hoja.

—Me encanta el campus en otoño. Fíjese, qué belleza —comentó el doctor S, deteniéndose en uno de los escalones a la salida de la biblioteca.

Asentí con la cabeza y seguí con la mirada la caída de las hojas, más allá de su perfil.

—Adelante —dijo.

Bajé los escalones y caminé a su lado, ajustándome la mochila a los hombros; el peso de los libros hacía que las correas se me

clavasen. A cada paso, sonaba el crujido de las hojas bajo la suela de nuestros zapatos. Los escasos estudiantes con los que nos cruzamos —era sábado por la tarde, así que apenas había gente en el campus— caminaban con la misma parsimonia que nosotros.

—¿No le resulta agotador compaginar los cuidados de su hermano con el trabajo y las tareas de la casa? —preguntó.

—No, en absoluto. Cuando estoy con él en la habitación no siento cansancio.

—Me alegro de que así sea.

Continuamos paseando sin apenas pronunciar palabra, acompañados del crujido de las hojas a nuestros pies.

Atravesamos un parque resguardado junto a la Facultad de Ciencias Económicas, y él me guio hasta un restaurante exclusivo para profesores: un pequeño edificio de madera, de estilo europeo, enclavado en el mismo parque. El interior era clásico, y tanto las mesas y las sillas como el uniforme de las camareras seguían esa misma línea. Después de pedir café, tomamos asiento en la amplia y soleada terraza exterior. Cuando el viento cesaba, el calor del sol me envolvía con una suavidad agradable, como la caricia de un vestido de hechura perfecta; cuando soplabla, me refrescaba las mejillas y el cuello y dejaba caer sobre la mesa algunas hojas de ginkgo.

Sin la bata blanca, el doctor S parecía poco hablador; aun así, su presencia me resultaba agradable y no sentí la necesidad de forzar la conversación. Aquí y allá, había grupos de estudiantes que terminaban su almuerzo tardío, estudiantes de intercambio que extendían sus libros de texto sobre el césped, aprovechando la hora de la sobremesa, profesores adjuntos y personal de administración.

—¿No le resulta cansado cuidar de su hermano? —insistió.

—No. Me gusta estar en la habitación con él.

—Ya veo.

—No me malinterprete. No es que me alegre de su enfermedad, pero lo quiero mucho, y estar allí con él no me pesa. Al contrario, me siento bien. Me temo que es difícil de explicar...

Bajé la mirada y di un sorbo al café.

—Com-comprendo lo mucho que quiere a su hermano.

Tuve la impresión de que el tartamudeo revelaba su bondad, como si el extraño equilibrio entre su forma de hablar y su porte físico delatara la esencia de un carácter gentil.

—¿Puedo preguntarle por el orfanato? —No podía pasar por alto el tema del orfanato si realmente pretendía conocerlo mejor.

—Por supuesto —repuso en tono afable.

—En primer lugar, ¿cómo acabó su casa convertida en un orfanato?

—Muy sencillo. Mis padres eran pastores de una religión y, poco a poco, empezaron a acoger en la iglesia a niños necesitados, que a menudo acababan formando parte de la vida familiar. En una iglesia hay espacio de sobra y, gracias a las donaciones de los fieles, vivíamos sin aprietos. Además, siempre había alguien dispuesto a echar una mano. Para cuando yo nací, nuestra casa ya se había convertido en un hogar de acogida.

—Pero usted no era uno de esos huérfanos, ¿no?

—Me crie como si lo fuera. Para mis padres, yo era un niño más dentro de la familia del orfanato. Tratar me de manera diferente habría sido como discriminarlos, o como discriminarme a mí, según se mire.

—Entonces, ¿usted lo hacía todo con los demás niños, desde comer hasta dormir?

—Naturalmente. Como uno más.

Se levantó un poco de viento y una hoja de ginkgo se instaló entre el azucarero y el servilletero. Él la recogió con exquisito cuidado y la

dejó caer a sus pies.

—Por eso nunca he sabido lo que es una familia en el sentido clásico. Mis hermanos del orfanato iban saliendo de la institución a medida que encontraban unos padres que quisieran adoptarlos. Yo, en cambio, siempre me quedaba allí, obligado a seguir siendo huérfano.

Una camarera se acercó y nos sirvió agua.

—So-solo pude salir al cumplir la mayoría de edad —añadió, limpiando con un dedo unas gotas de agua adheridas al vaso.

—La hora de la comida debía de ser muy animada allí —consideré, tratando de animar el tono de la conversación, a la vez que desviaba la mirada hacia el parque y la dejaba perderse en la lejanía.

—Figúrese. La mayor parte de los niños todavía no tenían edad de ir a la escuela primaria. Además, había otras veinte personas: los fieles que comían con nosotros y mis padres, a los que yo llamaba profesores, igual que los demás niños. Cuando acabábamos de comer, el suelo bajo la mesa quedaba cubierto de restos de comida. No exagero. Al que le tocaba lo limpiaba.

Imaginé granos de arroz, trozos de espaguetis y hojas de lechuga mezclados con el polvo, pegados al paño que quien tuviera el turno pasaría por el suelo.

—Cuesta imaginar el alboroto que debía de formarse y lo sucio que acababa todo, ¿verdad?

—No, no tanto —repliqué, negando enérgicamente con la cabeza—. Mi madre padecía una enfermedad mental, y, cómo decirlo..., en casa no se respiraba un ambiente que podría considerarse normal. No tenía energía para las tareas cotidianas, y al final tampoco le quedaron fuerzas para seguir viviendo.

—Si no recuerdo mal, el otro día me dijo que murió de forma violenta, ¿verdad?

—Así es. A causa de un disparo, durante el atraco a un banco. Lo extraño es que yo sentí alivio. Pensé que por fin podía dejar atrás el hogar en el que me había criado. Podía pasar página y olvidarme del desastre en que se había convertido mi vida junto a mi madre.

—¿Tan terrible era?

—Puede que tenga que ver con el modo en que percibo las cosas, pero convivir con una persona que sufre una enfermedad mental es como comer en una mesa sobre la que alguien ha dejado un feto anencefálico conservado en formol. —Apuré el café y, a pesar de que no haber nada que lo justificara, me pareció percibir un ligero olor a formol—. La suciedad en la mesa, a la hora de comer, no es algo exclusivo de un orfanato.

—Ya-ya veo.

La sombra avanzaba tras el doctor S y empezaba a cubrir la terraza, que un momento antes seguía bañada por el sol. Ya solo quedábamos él y yo; los demás se habían ido.

—La habitación del hospital está libre de las manchas, la grasa y los desperdicios que deja tras de sí la vida cotidiana, ¿me entiende? Allí, junto a mi hermano, me siento como un hada o un ángel. Si pudiera vivir del amor que siento por él, no necesitaría nada más.

El doctor S esbozó una sonrisa y me miró como si verdaderamente estuviera mirando un hada o un ángel. Su actitud me hacía querer buscar consuelo en él.

—Envidio el amor que siente por su hermano. Al fin y al cabo, yo siempre he sido huér-huérano.

Volví a imaginar sus pectorales cubiertos de gotitas de agua.

—Pero... —objeté.

Bajo el jersey, sus pectorales me sugerían una cama suave y cálida.

—Cuando mi hermano muera, yo también me quedaré huérfana.

Las palabras se habían escapado de mis labios, aunque su muerte era lo último en lo que quería pensar. Cuanto más hablaba, más vacía me sentía por dentro. El viento que soplaba a su espalda se coló en ese vacío y me colmó de tristeza, a pesar de la hermosa tarde de otoño que compartía con aquel huérfano de musculatura perfecta. Sentí que se me iba a desgarrar el cuerpo en cualquier momento.

—No se preocupe. Se-ser huérfano no es una tra-tragedia. Es más fácil de lo que pa-parece.

Asentí sin saber por qué, y aunque abrí la boca para decir algo, solo noté las lágrimas acumulándose en mis ojos. Para evitar desfallecer, necesitaba zambullirme en la cama de sus pectorales y dormir arropada en sus brazos tantas horas como me fuera posible. Lo necesitaba tanto que me dolía no poder hacerlo.

Con la llegada del invierno, mi hermano fue encontrándose paulatinamente más débil, hasta el punto de no ser ya capaz de ingerir uvas y solo admitir el líquido ámbar y color vino que goteaba de las bolsas gruesas y firmes de resina sintética.

Una vez terminada la exhaustiva limpieza diaria, una enfermera se asomaba a la habitación con bolsas de suero, tubos finos con válvulas de plástico en los extremos y agujas envasadas al vacío. Con dedos ágiles, abría los envoltorios, insertaba los tubos y ajustaba las válvulas. Anudaba una goma al brazo de mi hermano, tan delgado y pálido que costaba creer que circulara sangre por él, y buscaba con cierta dificultad una vena donde clavar la aguja, aunque lo hacía con una calma reconfortante. A continuación, fijaba

la cánula a su brazo con esparadrapo, y las gotas volvían a caer con lentitud desde la bolsa. Hipnotizada por su gradual y pausado descenso, yo las contemplaba hasta que ya no quedaban más y una hebra de sangre rojo oscuro se adentraba tímidamente en el tubo. Entonces, otra enfermera acudía a la habitación y procedía a desmontar el dispositivo y a llevarse las agujas, los tubos y las bolsas de resina sintética al cuarto de la basura del pasillo. Solo entonces volvía yo a oír el pesado chirrido de aquella puerta: por mi parte, ya no quedaban restos de comida que tirar.

En Tokio cayó una nevada como no se recordaba en muchos años. Nevó varios días con una intensidad insólita. Desde luego, yo no había visto nunca nada igual. Recuerdo haberme despertado la mañana de los primeros copos y descubrir, poco después, que no solo no iba a escampar, sino que la nevada arreciaba por momentos, hasta cubrirlo todo al caer la noche. La nieve lo cubría todo, incluidos el cielo, el aire y el viento. En los siguientes días, me sentí como perdida en un país nórdico desconocido. El reflejo blanco de la nieve se proyectaba en la ventana de la habitación incluso hasta bien entrada la noche. Mi hermano, demasiado débil para levantarse, y más aún para pasear por la habitación, me preguntaba por la nieve, y yo trataba de contarle lo que veía de la mejor manera posible.

Le decía: «Esta mañana es como si un montón de pétalos de rosas blancas cayeran del cielo»; «Hoy parece que llueva un mar de pelusa de polen agitado por el viento»; «En cambio, hoy la nieve parece harina de trigo; seguro que, si salimos, nos sofocaría».

—Qué bonito —dijo, con la mirada desfallecida fija en la ventana.

Mientras mi hermano pasaba largas horas contemplando la nieve acumulada en el marco de la ventana, yo pasaba las mismas largas horas contemplándolo a él, viendo cómo se volvía transparente.

A medida que la nevada se intensificaba, cada vez se veía menos gente por el campus. Además, una vez terminados los exámenes, comenzó un largo periodo de vacaciones, y cuando volví algún sábado por la tarde a la biblioteca, estaba desierta. Deambulaba por la sala de lectura, por la de audiovisuales, por la de estudio, entre las estanterías, sin cruzarme con nadie. Daba vueltas por aquellas salas con la intención de encontrar tiempo para meditar o, quizá, para no pensar en nada; no habría sabido decirlo. Cuando llegaba, en mis paseos, a la letra «I» de la sección de literatura estadounidense, solía encontrarme con el doctor S, a pesar de que en ningún momento habíamos quedado en vernos allí y ni siquiera habíamos hecho la más ligera insinuación al respecto. Fuera como fuese, lo cierto es que ahí solía estar. La primera vez, me llevé una sorpresa. Después comprendí que intentaba consolarme, y comenzamos a pasar tiempo juntos sin necesidad de decirnos nada, normalmente en el restaurante de aire clásico de la Facultad de Económicas, tomando un café.

Aquella tarde, la nieve acumulada en la terraza obligó a recoger mesas y sillas, así que no tuvimos más remedio que sentarnos dentro. Hacía tanto calor que, incluso después de quitarme el abrigo, el jersey todavía me molestaba y me entraron ganas de quitármelo.

El parque estaba cubierto por un manto blanco, y en los ginkgos no quedaba el más leve rastro del amarillo brillante de sus hojas, que el viento tan alegremente agitaba unas semanas antes. Pensé que el tiempo precioso que nos quedaba a mi hermano y a mí había quedado sepultado bajo aquella capa de nieve.

—Mañana cierran el restaurante hasta el próximo trimestre.

—Ah, vaya.

Aparte de nosotros, solo había un hombre —profesor, tal vez—, tomando notas en una de las mesas contiguas, abarrotada de

papeles, y una única camarera, apoyada con desgana sobre la caja registradora.

—Eso significa que no podremos seguir viéndonos aquí, ¿verdad? Con lo tranquilo que es esto... ¿Cree usted que abrirá la universidad el próximo trimestre? Tengo la sensación de que toda esta nieve tardará una eternidad en derretirse —comenté mirando las ventanas cubiertas de agua.

—No se preocupe. El trimestre empezará con normalidad.

—Me pregunto si mi hermano seguirá vivo entonces.

Él descruzó las piernas y volvió a cruzarlas. Removió el café con la cucharilla, pero no dijo nada. Me alivió que no lo hiciera. Yo solo quería que mis palabras se acurrucaran en sus pectorales. Hablaba con esa única intención.

—Últimamente tengo la impresión de que algo va a suceder de manera inminente.

—¿De-de qué se trata?

—De la muerte de mi hermano.

Incluso decir algo tan doloroso no me distraía de la admiración que sentía por sus músculos. La sensación agradable que me proporcionaba imaginar su fuerza, su tensión, no era en modo alguno incompatible con el profundo dolor que me causaba pensar en la fragilidad de mi hermano. Ambos sentimientos unidos, sin embargo, se me acumulaban en el pecho, constriñéndolo.

Verlo remover el café con la cucharilla bastaba para transmitirme toda la elasticidad y la tonicidad de sus músculos. ¿Serían esos mismos dedos los que exploraban el cuerpo de sus pacientes, los que se empapaban de sangre y jugos gástricos y antiséptico?, me preguntaba. Mi mirada anhelante pasaba de sus manos a sus brazos, se deslizaba hasta sus hombros y bajaba al pecho.

—¿Le importaría abrazarme en una de las habitaciones libres? — pregunté, y a pesar de la insensatez que acababa de pedirle, permanecí tranquila.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó impasible. Tampoco tartamudeó.

—Por nada, o precisamente por eso. No se haga preguntas. —Mi pecho congestionado se había abierto, y por esa grieta escapaban aquellas palabras caprichosas—. Esta noche, por ejemplo, en una habitación del hospital, en la cama de una perfecta, impecable habitación de enfermo.

—De acuerdo. —Su tono suave y contenido, como si aquello fuera lo más natural del mundo, me produjo alivio.

Fuera seguía nevando; el profesor de la mesa contigua no había dejado de escribir, y la camarera continuaba abstraída mientras el doctor S y yo tomábamos café con la mayor calma del mundo.

Alzamos la vista hacia la escalera de emergencia que ascendía en espiral desde el jardín interior del ala de pacientes. El cielo era un manto opaco de color añil, sin luna ni estrellas, tachonado solo de copos que continuaban cayendo del cielo sin descanso. Los copos se enredaban con su pelo, sus cejas y las hebras de su jersey. El aire conservaba una estática calma, como si se hubiera congelado.

—¿Subimos? —preguntó, apoyando suavemente la mano en mi espalda.

La bufanda me cubría la barbilla y no me permitía asentir con la cabeza.

—Vamos —respondí.

Empezamos a subir. La nieve acumulada en cada escalón crujía bajo nuestros pies como caramelos de azúcar, y el riesgo de resbalar era evidente. Me agarré a su brazo con la mano izquierda y a la barandilla con la derecha. Como tenía que repartir el peso del cuerpo de un lado a otro con cada paso, enseguida me quedé sin aliento. Nos deteníamos a descansar cada cuatro pisos. En todo momento, él se mostró considerado conmigo: «Hagamos un descanso», decía, o «¿No tiene frío?». Sus pasos eran firmes, acostumbrados quizá a años de repetidos simulacros de incendio.

Como Jack, el de las habichuelas mágicas, sentía que cada escalón nos acercaba un poco más al cielo añil, y hasta parecía que este fuera a absorbernos de un momento a otro, o a mostrarnos el manantial mismo del que brotaba toda aquella nieve.

Dejamos atrás el piso decimocuarto, en el que se encontraba mi hermano, y continuamos ascendiendo hasta el decimoquinto. Habíamos llegado a nuestro destino. Miré hacia abajo y me fijé en la marca de nuestras pisadas, en larga sucesión menguante, sobre los escalones. Nuestro aliento jadeante se fundía en nubecitas blancas.

—Espere un momento —pidió, entreabriendo la puerta de emergencia y asomándose al interior.

—¿No hay nadie? —pregunté con los labios entumecidos por el frío. En realidad, no importaba si había alguien o no, pero habría sido un engorro tener que explicar qué hacíamos allí.

—Despejado —afirmó, ayudándome a entrar.

La suave penumbra del interior del ala de pacientes nos envolvió. La jornada laboral había terminado y todas las puertas estaban cerradas; solo se percibía la tenue luz de la sala de enfermeras, al final del pasillo. Por lo demás, no se veía ni un alma. Avanzamos con sumo cuidado de no hacer ruido.

Abrió la puerta de una habitación, la cuarta desde la puerta de emergencia. También reinaba la penumbra en ella, pero enseguida reconocí la disposición de cada objeto en su interior: era exactamente igual que la habitación donde se encontraba ingresado mi hermano, y también por aquella ventana penetraba la claridad procedente de la nieve.

—¿Encendemos la luz? —preguntó.

—No hace falta.

—¿Nos-nos desnudamos?

—Sí, por favor. Quiero sentir sus pectorales mientras me abraza.

Él solo me hacía preguntas que yo podía responder. Si me hubiese preguntado por qué quería que me abrazara, me habría quedado paralizada; más aún si lo hubiera hecho tartamudeando. No era mi novio, ni mi marido, ni un viejo amigo de la infancia; era, en cierto modo, una figura abstracta. No compartíamos recuerdos ni un futuro en común; solo nos unía mi hermano y su inminente muerte. El cariño que sentía por este último era lo que me empujaba a los brazos del primero.

Él fue quitándose la ropa como si una fruta se desprendiera de su piel. Pronto tuve ante mí su pecho desnudo, una masa oscura de contornos definidos por la luz difusa que se filtraba a través de la ventana. Sin apartar la vista de sus músculos, comencé a quitarme los guantes, la bufanda, el abrigo.

Nos metimos en la cama, sin decirnos nada, y noté la limpieza rasa de las sábanas rozarme las mejillas; sin pensarlo dos veces, apoyé el rostro en su pecho y me dejé envolver por sus brazos. El silencio era abismal. Quizá la nieve absorbía cualquier ruido de la ciudad y del hospital, porque la habitación parecía flotar en el espacio, aislada de todo tiempo y lugar.

Yo deseaba hacerme pequeña para acurrucarme en su pecho. Mis labios casi rozaban la suave curva de sus pectorales, tersos como gotas de agua, y me habría bastado sacar la lengua para lamerlos, pero no era ese mi propósito: yo solo quería que me abrazara.

Envuelta por su cuerpo perfecto, me curé de la profunda soledad sensorial que sufría. «Ojalá el tiempo se detuviera, nada cambiara ni se descompusiera, y yo pudiera estar como ahora, pero con mi hermano, para siempre.» Lo deseaba con todas mis fuerzas, y ese deseo se convirtió en lágrimas. Brotaban de mis ojos y se extendían sobre su torso con cada parpadeo. Lloraba sin parar, a pesar de lo serena y a gusto que me sentía. «Apriétame, protégeme, no me sueltes», pensaba para mis adentros. «Arráncame estas lágrimas que brotan de tan hondo, como si fueran un tumor.»

Pensé que, de tanto llorar, acabaría derritiéndome sobre su pecho. Y me parecía oír el límpido sonido de los copos de nieve que bailaban en el cielo y en el aire helado.

Con el paso de los días, la nieve fue derritiéndose. En cierta ocasión, mientras bajaba la cuesta desde el hospital, percibí una fragancia luminosa en el viento y detuve mis pasos. Me percaté de que ya no quedaba ni rastro de nieve y me dolió sentir que el tiempo corría más que yo. Ni siquiera encontré un resto rezagado detrás del buzón de correos ni en la zanja umbría de ninguna callejuela.

En lugar de nieve, pronto empezaron a revolotear los pétalos de las flores de cerezo. Mi hermano murió precisamente cuando comenzaban a florecer los cerezos. No llegó a vivir ni trece meses

desde que le diagnosticaron su enfermedad. En sus últimos días, su cuerpo se había vuelto de cristal.

En cuanto al doctor S, después de cuidar de mi hermano, dejó su puesto en el hospital y se dedicó por entero al orfanato. De hecho, mi hermano fue su último paciente. Nunca volví a verlo, pero cada vez que pienso en la muerte de mi hermano, recuerdo también la noche nevada que pasé abrazada por él, cobijada en su pecho, y vuelven a brotarme las lágrimas.

Una mariposa en el hueco de la mano

Desanudé el cinturón que le ceñía la camisola y, deslizando mi brazo entre la espalda y el futón, la alcé ligeramente para quitárselo. La camisola abierta mostró la piel blanca pero ajada del torso, fina y tensa como el papel, de tal modo que se le marcaban las costillas; desde el cuello hasta el pecho, la piel estaba moteada de minúsculas manchas de color marrón claro, y estaba tan seca como si estuviera cubierta de harina. El vientre, hundido entre los huesos de la pelvis, subía y bajaba levemente. Le quité la camisola como si la desprendiera de una segunda piel, y noté en la palma de mis manos la humedad de la que emanaba el olor de sus secreciones. Algo más abajo, el pañal, grande y rígido, se le ajustaba penosamente a la frágil cadera y no se adaptaba a la curvatura de la ingle. Sus piernas, sin fuerzas ni memoria para caminar, se estiraron como dos frágiles tubos de cristal. Posé una mano sobre su cadera y tiré de los adhesivos que sujetaban el pañal a cada lado. Cedieron con un sonido rasposo, liberando un fuerte olor. Hice una bola con el pañal empapado y fui a arrojarlo al cubo de la basura.

Con una toalla húmeda le limpié primero el rostro, que era apenas un amasijo de músculos faciales. Su cara era inexpresiva. En muy poco tiempo se había olvidado ya de muchas cosas: de la noción del tiempo, de su nombre, de su apetito, del dolor, de hablar. También en ese corto periodo, sus músculos, debilitados, habían olvidado su función e iban atrofiándose a pasos agigantados; era como si su cuerpo se replegara sobre sí mismo hasta quedar reducido a una

forma embrionaria. Quizá intentaba regresar a algún lugar remoto; a un lugar repleto de líquido amniótico; a un recuerdo que nos acoge como el mar cuando todo se vuelve difícil. O, tal vez, solo estaba intentando despojarse de lo innecesario: las palabras, las plegarias, las lágrimas, yo misma...

El vello alrededor de los labios se le desprendía cuando yo me dejaba llevar por un exceso de celo al limpiarle las pequeñas migas que quedaban adheridas junto a la boca, y la piel floja del cuello cedía a la presión de mis manos, que, eso sí, siempre ponían mucho cuidado al pasarle la toalla por los senos, apenas ya dos pliegues secos sobre el torso. Hidratados con el agua de la toalla, los senos recobraban un poco de color. Pero a la piel le bastaban unos segundos para recuperar su sequedad y su blancura, y yo volvía a pasarle la toalla, con mucha calma, una y otra vez.

Bajo su vientre plano, el vello púbico crecía, mustio y ralo, y apenas ocultaba su sexo seco e inodoro. Lo que había sido un símbolo húmedo de deseo carnal e instinto maternal estaba ahora apagado, encogido, rígido. Mientras llevábamos una vida normal, antes de tener que afrontar a diario un panorama tan lastimoso, nunca pensé en su sexo ni en el mío. Cuando me mudé a casa de mi abuela, yo era solo una niña, y siempre me dio un enorme respeto la gran diferencia de años que había entre ella y yo. Viví con auténtico terror los cambios anatómicos y fisiológicos que se produjeron en mi cuerpo tiempo después. Mi abuela llevaba una vida circunspecta y reflexiva, de una austeridad asexuada y rigurosa. Cada vez que le veía la curva tensa de sus muslos en la tela del kimono al sentarse, yo contenía la respiración pensando en mi propio cuerpo, que me parecía un pesado secreto con el que tenía que cargar.

En el mismo instante en que terminé de ponerle una camisola limpia, sonó la campanilla de la entrada. Los párpados de mi abuela

se tensaron, en un aparente gesto de sorpresa, pero enseguida recuperaron su rictus habitual. Antes de tener tiempo de ir a abrir, oí los pasos de Mikoto en el pasillo y el ruido de la puerta corredera al abrirse.

—¿Estás lista?

Apoyó los antebrazos en la barandilla de la cama y miró a Sae, mi abuela. El fresco de la calle, perceptible en su aliento, se diluía en el aire enrarecido de la sala.

—Sí —dije poniéndome de pie.

Crucé la puerta corredera, recorrí el pasillo y, al abrir de par en par la puerta de cristal que daba al jardín, noté que la corriente de aire se me enredaba en los pies al tiempo que unos suaves rayos de sol se esparcían por el interior de la casa.

—La abuela ya se ha despedido de todo —susurré para mí misma en el pasillo.

En un rincón, convertidas en sombras trémulas, estaban las dos bolsas de papel que contenían lo que necesitaba mi abuela Sae todos los días. Un silbido escapaba de su garganta cada vez que exhalaba, y su mirada vagaba sin encontrar dónde posarse.

Mikoto le acarició el pelo y entonces el brazo derecho de mi abuela se alzó, tembloroso. La manga de la camisola se deslizó, dejando su piel al descubierto.

—Un ratón. Hay un ratón —repitió mi abuela a la vez que tragaba saliva.

Mikoto se volvió hacia mí y sonrió ligeramente.

—¿Me ha confundido con un ratón? —susurró.

—No le gustan los ratones —repliqué, sentándome junto a Mikoto mientras le colocaba bien la camisola a mi abuela.

—¿Será que yo tampoco le gusto?

—Pero si te aprecia desde la primera vez que te vio. ¿Por qué no ibas a gustarle ahora?

En aquella época estábamos enamorados, y mientras nosotros íbamos a ver películas de sesión nocturna acompañados por sendas latas de cerveza, o recorriamos de la mano el supermercado de la avenida universitaria, o contemplábamos y comentábamos los grafitis pintarrajeados en las paredes del metro, mi abuela fue retirándose a su propio mundo. Su comportamiento se fue volviendo cada vez más excéntrico, y la observábamos, como quien asiste a una obra de teatro, con el alma en vilo y los labios apretados. Era evidente que mi abuela se encontraba en un lugar concreto, tan cercano que me bastaba extender la mano para tocarla, pero, como en un teatro, nada de lo que Mikoto y yo dijéramos o hiciéramos —ni nuestra voz, ni nuestra mirada, ni nuestro sudor— podía alcanzar el escenario. Y, por supuesto, nunca dio muestras de querer despojarse del vestuario que llevaba durante sus representaciones.

Su primera excentricidad ocurrió de repente. Un atardecer salió de compras y volvió a casa con un montón de flores de cosmos entre los brazos, con las raíces colgando del extremo inferior de los tallos y restos de tierra apelmazada y húmeda adheridos a ellas. Arrastró las flores de cosmos por las raíces hasta la habitación y, con una violenta sacudida de hombros, las arrojó sobre los tatamis. Los tallos se separaron en el aire y cayeron como a cámara lenta. El sonido del roce blando de las hojas y los tallos me pareció una risita. Sin prestar la menor atención a su kimono manchado de tierra, se sentó en el suelo y, en silencio, se puso a desmenuzar las raíces en pedazos más pequeños.

«Abuela, ¿qué te pasa?» Una luz mortecina, preludio del anochecer, la aureolaba. «¿Por qué has traído todos estos cosmos?»

Mi abuela apretaba con las manos allí donde acababan los tallos y empezaban las raíces, y emitía un sonido gutural. Mientras, los escalofríos recorrían la parte superior de su cuerpo, muy rígida, agarrotada. Una vez agotadas las fuerzas, con un abrupto movimiento de los brazos esparció la tierra a su alrededor.

«¿Dónde te has dejado el bastón y la cesta de la compra?», pregunté a sus espaldas, entre otras muchas cosas, a medida que se me iban ocurriendo.

Ella me miraba desconcertada, como preguntándose qué hacía yo allí, y bajaba la cabeza y blandía un manojo de tallos. Yo no veía por ningún lado sus cosas, y también parecía haber perdido su habitual contención, su sentido de la limpieza, su cordura.

«¿Dónde te los has dejado?», insistía yo, arrodillándome para mirarla a la cara y consiguiendo con ello mancharme de tierra. Otra cosa no logré: daba la impresión de que su mirada me atravesaba buscando un pasado incierto. Mis preguntas se quedaban flotando en el aire, entre ella y yo. Me fijé en sus dedos, embadurnados de olorosa sabia verde.

Su expresión, que en un principio sugería que trataba de encontrar respuesta a mis preguntas, fue perdiendo intensidad, como si, tal vez, fueran imponiéndose y ganando terreno las preguntas que surgían de sí misma. Con un largo suspiro, por fin se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño. Yo aún no sabía cómo reaccionar a todo aquello, de modo que me limité a reunir las flores de cosmos desperdigadas por el suelo, convencida de que era yo quien se estaba volviendo loca. ¿Quién podía determinar que no era normal presentarse en casa con un gran manojo de flores de cosmos en los brazos? Las coloqué en un jarrón, de adorno. Lo hice para preservar su cordura a mis ojos, para convencerme a mí misma de que su comportamiento no había tenido nada de extraño.

Pero ese mismo día, antes de meterse en la cama, solo dijo:
«Qué bien huele hoy», pero no volvió a mencionar las flores.

Cuando se lo conté a Mikoto, comentó, riéndose:

«Así que Sae ha vuelto a casa abrazando los cosmos».

Mikoto se puso de pie, como para apremiarme.

—Venga. No debemos llegar tarde —dijo, y, sosteniendo a mi abuela con ambos brazos, por debajo de las rodillas y por la espalda, la alzó en volandas.

Bajo la camisola se perfilaron sus huesos. Hacía mucho tiempo que no abandonaba la cama y parecía haber menguado aún más. Yo tomé las dos bolsas que había dejado preparadas, ligeras como sus debilitadas entrañas, y Mikoto la tumbó sobre el asiento trasero del coche. Seguimos una ruta sin atascos ni apenas curvas.

Alrededor de media hora después, nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido. Mikoto detuvo el coche junto a la acera y echó el freno de mano. Yo saqué el mapa de carreteras de debajo del asiento y lo extendí.

—¿Cómo se llamaba la residencia? —preguntó Mikoto a la vez que recorría con el dedo índice la línea amarillo fosforescente con que habíamos trazado la ruta que debíamos seguir.

—El Nuevo Mundo —repuse con la vista puesta en el mapa.

—Buen nombre para una residencia —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿Sí? A mí me suena un poco exagerado.

—Tanto como el lugar en que ella se ha refugiado.

Cuando hablaba de mi abuela Sae, el tono de voz de Mikoto se endurecía.

—Eso es lo que da miedo, ver cómo una persona con la que hemos compartido nuestros días empieza a irse, poco a poco, mientras su cuerpo sigue presente.

Yo me daba la vuelta sin cesar hacia el asiento trasero, preocupada porque ella estaba postrada en una superficie inhabitual. La manta le cubría torpemente el cuerpo, y el roce de la piel y la ropa se oía en el reducido habitáculo del coche. Sentí que me ahogaba y abrí la ventanilla.

—Cuando vivíamos juntas, solo nos preocupaban nimiedades: que se nos quemara la tostada del desayuno o que se desprendiera un azulejo del cuarto de baño, detalles que confirmaban la normalidad de nuestra vida. Al fin y al cabo, todos necesitamos a alguien que nos garantice que la vida sigue unos cauces normales. Y ella, desde el momento en que me acogió, siendo yo una niña, cumplió ese papel para mí.

—Pero tienes que empezar a aceptar que se esté yendo —dijo Mikoto, plegando el mapa.

—Me da miedo admitir que haya perdido sus cabales. Eso hace que mi propia normalidad se tambalee. —Lo miré. La curva de su barbilla tenía la suavidad de una fruta madura.

—Nanako, ¿y por eso, para protegerla, decidiste pensar que eras tú la que estaba volviéndose loca?

Me bastaba contemplar su barbilla húmeda para sentir el tacto de su piel en la palma de mis manos, y, a veces, esa sensación se me extendía por el cuerpo y lo penetraba hasta convertirse en un leve dolor.

—Sí, y me siento atrapada, como en un callejón sin salida.

—Sea como sea, Sae va a quedarse en El Nuevo Mundo.

Puso el vehículo en marcha. Yo dejé de mirarlo y me froté las manos. Las tenía templadas y secas.

Atravesamos diversas localidades y avanzamos a lo largo del cauce seco de un río, en cuyo lecho asomaban de tanto en tanto matorrales amarillos de desvaídas varas de oro. Continuamos por un barrio residencial de edificios rectangulares, perfectamente alineados; dejamos atrás una franja verde de un campo de prácticas de golf y la explanada gris cemento de una autoescuela, y por fin se alzó ante nosotros un enorme edificio ubicado en un amplio recodo del río que viraba bruscamente a la izquierda, como abrazándolo. Era la residencia: una torre circular desde la que se extendían a ambos lados dos alas. Sus líneas nítidas se grababan en la retina, generando la impresión de que, por más que uno se aproximara a él, nunca llegaría a alcanzarlo; como uno de esos magníficos castillos de cuento de hadas que el protagonista cree reales, aunque no sean más que una quimera. Pensé entonces que un lugar con apariencia de espejismo era ideal para mi abuela Sae.

Ascendimos lentamente con el coche por la vía que partía del jardín delantero y conducía a la parte interna de las alas. Al acercarnos a la entrada del vestíbulo, vimos a varios empleados de la residencia que, ataviados con batas blancas, tanto ellos como ellas, esperaban de pie, sin atender ninguna tarea, en las inmediaciones de un reloj floral instalado en aquel lado del jardín. Nuestra mirada se cruzó con la de algunas de aquellas personas, a través del parabrisas del coche, y, de inmediato, al percatarse de nuestra llegada, se apresuraron a colocarse en sendas hileras a ambos lados del reloj floral, todos ellos vueltos hacia nosotros en perfecta formación. El coche se deslizó entre las dos filas hasta detenerse. Además de tres enfermeras, había cinco hombres que calzaban sandalias tradicionales, y todos nos sonreían con

naturalidad. Yo no había esperado un recibimiento tan formal, pero Mikoto no parecía en absoluto sorprendido. Se apeó del coche y yo lo seguí.

El sol había alcanzado una altura considerable y su luz bañaba toda la fachada del edificio, intensificando el blanco de sus paredes, pero aguando la sonrisa afable de los empleados. El que parecía de mayor edad, un hombre enjuto y de gran estatura, se acercó y nos estrechó la mano, primero a Mikoto, luego a mí. Tenía la palma levemente pegajosa, como si se le hubieran adherido partículas de polen de las flores del reloj.

—Bienvenidos, soy el director —dijo, y al dirigirnos una sucinta inclinación de cabeza, la potente luz del sol borró su expresión de un plumazo. Su sonrisa se convirtió en una concavidad blanca, una simple máscara.

—Encantados de conocerlo.

Mikoto correspondió rápidamente al saludo. Yo también intenté decir algo, pero las palabras se me atragantaban, así que me limité a inclinar la cabeza varias veces.

Unos eficientes brazos enfundados en mangas de batas blancas sacaron a Sae del coche y la tumbaron en una camilla.

—Qué suerte ha tenido usted de que hoy haga tan buen tiempo —le dijo a mi abuela una enfermera de mediana edad, arropándola con una manta. Su tono era suave y amable.

Sae volvió ligeramente el rostro hacia aquella voz, que nunca había oído antes, e hizo una mueca con los labios.

—Mi abuela ya no puede hablar, así que... —comencé a explicar.

—Entiendo —replicó la enfermera, cortante. La sonrisa permanecía inalterable en sus labios, pero su respuesta se me quedó en el pecho, pesadamente asentada ahí, y tardó en desaparecer. La

enfermera parecía muy satisfecha de su propia delicadeza al dirigirse a una anciana que había perdido el habla.

Aquel puñado de empleados que nos recibía junto al reloj floral, con su repertorio de sonrisas alegres, parecía alardear de generosidad y de cierta licencia para mostrarse algo arrogantes ante mí, que estaba tratando de deshacerme de la carga de un pariente tan cercano como mi abuela. Me tragué despacio el recelo que me inspiraban.

Una vez en el vestíbulo, a la derecha se abría una zona de descanso de techos altos; allí, la luz que se filtraba a través de las cortinas bordadas proyectaba sobre la alfombra beige intrincados patrones de sombras tenues. Mesitas redondas, sofás tapizados, teléfonos, maceteros con plantas..., todo estaba impecable y en perfecto orden. Una decena de ancianos, que quizá estaban poco acostumbrados a usar sillas o sofás, se habían sentado en el suelo y guardaban silencio, evitando cruzar la mirada entre ellos. Ninguno de ellos alzó la vista para mirar la camilla en la que transportaban a mi abuela. Quizá también ellos habían perdido la capacidad de hablar. Así pues, envuelta en aquel silencio exterior y sometida a la oquedad que se iba abriendo paso en el interior de su cuerpo, Sae atravesó la sala en su camilla sin que nadie reparase en ella. Las puertas del ascensor se abrieron lentamente, con un suave zumbido, y entramos con cuidado, sin entorpecer el paso de la camilla.

—Las puertas tardan en abrirse y cerrarse para acomodarse a la lentitud de los ancianos —explicó el director, cuyas palabras se opacaron en el ascensor acolchado.

Asentí, no muy convencida, y resignada al encierro en aquella gran caja blanca llena de buenas intenciones que era El Nuevo Mundo.

Entramos en la habitación que habían asignado a mi abuela. Solo había dos camas y una ventana. Ciertamente, no necesitaba nada más.

—¿Qué cama prefieren? —preguntó la enfermera de mediana edad, mirándonos alternativamente a Mikoto y a mí.

Me disponía a contestar que cualquiera le vendría bien, cuando Mikoto se me adelantó:

—La de al lado de la ventana, por favor. Así podrá ver mejor el cielo.

La enfermera soltó una risa satisfecha y, con pericia, se puso a hacer la cama que habíamos elegido. No dejó ni una sola arruga en las sábanas bien almidonadas. La silueta blanca de la bata de la mujer contrastaba con el azul del cielo, que se recortaba en la ventana. Una empleada joven de tez muy blanca metió bajo la cama una caja de cartón con pañales. Instalado en uno de los rincones de la habitación había un lavabo; parecía que no se hubiera usado en mucho tiempo.

Las enfermeras y el resto de los empleados salieron de la estancia tras dirigirnos una deferente inclinación de cabeza a cada uno de nosotros. El director abrió entonces unas sillas plegables y nos invitó a sentarnos. Las patas produjeron un ligero chirrido contra el suelo.

—¿No camina por sí misma? —Los dedos huesudos del director sostenían los documentos de ingreso en la clínica y jugueteaban con ellos.

—No. No puede hacer nada —contesté con la mirada puesta en Sae.

—La mayor parte de nuestros residentes se valen por sí solos. Físicamente, al menos, están bien, aunque eso no significa que podamos descuidarnos: algunos sacan el futón al descansillo y

duermen ahí, otros se levantan por la noche y corren por los pasillos gritando, convencidos de que hay un terremoto.

Supuse que sabrían tratar correctamente la demencia de mi abuela, que anotarían cada una de sus rarezas en su historial médico.

—No se vale ni para comer por sí misma —añadí.

—¿Era usted quien le daba de comer? Imagino el esfuerzo que eso debía de suponerle. —Lo dijo en un tono sosegado, y sus palabras se desvanecieron al expandirse por la habitación.

De hecho, hacía mucho tiempo que no comía por sí misma. Recordaba muy bien el último día en que comió sin mi ayuda. Fue a principios de verano. Yo volví a casa de la universidad y no encontré a mi abuela; sin embargo, el televisor estaba encendido y las puertas abiertas. Me asomé al cuarto de baño —imiré incluso en la lavadora!—, pero no la hallé por ninguna parte. Sobre la mesa del comedor, en un plato, había unas mondas de melocotón y un cuchillo, nada más. La hoja del cuchillo estaba pegajosa del jugo de la fruta; un olor pesado y dulzón llenaba el ambiente, y el televisor emitía una cháchara anodina. Tratando de serenarme, la llamé repetidas veces, pero fue en vano; mi voz retornaba a mí y retumbaba en mi interior. Telefoneé a Mikoto y le pedí que la buscara.

Mikoto llegó con ella cuando el crepúsculo ya tendía un velo oscuro sobre el césped del jardín. Sae sostenía una bolsa de palomitas de maíz en una mano y le hablaba jovialmente a Mikoto mientras se quitaba las sandalias.

«En esta casa no había nada para comer. ¡Menuda hambre tenía!»

Mikoto me miró significativamente y me dijo al oído:

«Ha estado diciendo lo mismo todo el tiempo».

Lo cierto es que Mikoto le seguía la corriente con bastante paciencia.

«¿Dónde te habías metido?», pregunté, mirando tanto a una como al otro.

«Estaba tan tranquila y sonriente en la sala de espera del hospital universitario», me respondió él mientras mi abuela se escabullía de nosotros. Tenía la pechera llena de manchas de melocotón.

Sae se sentó frente al televisor y abrió bruscamente la bolsa de palomitas de maíz. Tras el estrépito de la bolsa de plástico, un montón de palomitas acabaron esparcidas por el suelo. Acto seguido, cogió una palomita del suelo y se la llevó a la boca. Fue la última vez que la vi comer por sí misma.

—Así que también ha perdido el hábito de comer —dijo el director con un suspiro. Se puso de pie y se situó junto a la cama para mirar a mi abuela.

Mikoto permanecía sentado, con los codos apoyados sobre los muslos y la espalda encorvada.

—Confíen en nosotros. —Unió suavemente las palmas de las manos, de una manera parecida a como habría hecho para rezar.

No sé por qué, lo vi como un ángel.

Después de despedirme de Mikoto, regresé a casa. El atardecer teñía de rojo el interior.

Sae ya no estaba allí, me decía para mis adentros, y me senté en el suelo de la sala de estar. Su cama no era ya más que una pobre estructura de madera situada junto a la pared. Solo destacaba el brillo de la pintura de la barandilla que Mikoto había instalado a un

lado de la cama para evitar que Sae se cayera al suelo accidentalmente. La sábana arrugada conservaba la forma de su cuerpo. Puse mi mano sobre ese hueco, convencida de que aún permanecería allí un rescoldo del calor de su cuerpo, pero no era así: la superficie de la sábana estaba fría. Un escalofrío me recorrió la espalda y, entonces, me di cuenta de que la idea de que mi abuela ya no estaba allí empezaba a transformarse en mi mente en un «¿Dónde está Sae?». La pregunta, silenciosa al principio, estuvo a punto de abrirse paso entre mis labios. «¿Acaso no está en El Nuevo Mundo?», murmuré, tratando de acallar la insidiosa pregunta sobre su paradero. Lo dije de una manera que me recordó a Mikoto. Mi abuela sufría demencia senil y por eso la habíamos ingresado en una residencia, mientras que yo, perfectamente bien y en mis cabales, me había quedado en la casa.

Poco a poco, el ocaso se llevó el calor de los últimos rayos de sol. Era ese preciso momento en que nunca estaba segura de si yo tenía los ojos abiertos o cerrados. Siguiendo la sombra que envolvía a los objetos que estaban en la sala, los enumeré, pasando revista a mi normalidad: la lámpara fluorescente, la nevera, el grifo, el espejo de tres hojas, mis pechos, el sueño, Mikoto, sangre. Me interrumpí, volviendo a preguntarme si tenía los ojos cerrados o abiertos: quizá todo era una ilusión que se reflejaba en la cara interna de mis párpados, y tuve que volver a empezar: lámpara fluorescente, nevera, grifo, espejo de tres hojas, perchas, mantequillera, radio. De nuevo me invadió la sensación de que los acontecimientos recientes carecían de realidad, y regresé al mismo recorrido mental. Pechos, sueño, Mikoto, sangre, deseo, saliva, respiración. Pese a las interrupciones, conseguí enumerar correctamente y sin vacilaciones todos los elementos que constituían y reafirmaban mi normalidad.

La oscuridad fue espesándose y el contorno de las sombras empezó a diluirse en ella. Todos los sonidos —el traqueteo del tren, los chillidos de los niños, el rechinar de las ruedas de los coches sobre la gravilla, el eco monótono de las sirenas— se mezclaban y entreveraban en la penumbra, y descendían, cual sedimentos, al fondo de la noche. La electricidad estática de mis medias, bajo la falda, me punzaba los muslos. También la lámpara fluorescente y la nevera se habían fundido con la oscuridad, y la realidad, visible hasta poco antes, no era ya más que una película en mis párpados. Quizá, definitivamente, todo había sido un espejismo. Parpadeé repetidas veces, y al hacerlo, la oscuridad se volvió más intensa, la cara interna de mis párpados más real. Sentí un mareo, y los límites de mi normalidad también se emborronaron y lo que esos límites contenían empezó a derramarse.

Me puse de pie despacio, y noté que tenía la pierna derecha entumecida. A mi alrededor, el aire vibraba casi imperceptiblemente. La tibieza de mi cuerpo desapareció de súbito. Tanteé la pared en busca del interruptor de la luz y, al encenderlo, la sala se llenó de una claridad deslumbrante. Mis párpados se contrajeron de dolor. Y la habitación resplandeció, llena de color.

Me percaté entonces de que estaba hambrienta. Siempre que estaba con Mikoto me olvidaba de comer. Él nunca proponía ningún plan relacionado con la comida. De hecho, una vez comentó que trataba de hacer del hambre un placer, una especie de revitalizador. En cambio, yo, cuando sentía apetito, tenía la sensación de que los jugos gástricos resacos se me adherían a las paredes de mis vísceras. Entré en la cocina. Platos levemente teñidos del color de tantos guisos; tarros de condimentos y especias, pringosos y de aromas intensos; patatas con la piel arrugada; azúcar apelmazado y duro... Nada, en definitiva, que pudiera aplacar mi hambre. En el

fregadero quedaban restos de comida que empezaban a fermentar; de la bolsa de la basura emanaba un olor gelatinoso. Aparté la vista. No obstante, mis entrañas tenían algo mucho más asqueroso que todo aquello. A diario ingería alimentos que se transformaban en desechos. Mi abuela se había negado a comer a partir de aquella ocasión en que se llevó la última palomita de maíz a la boca; pero no es que no tuviera hambre, no es que hubiera perdido la capacidad de comer, sino que había empezado a temer el hedor que producían los desechos de sus vísceras. ¿Por qué eso no se consideraba algo normal? Salí de la cocina. Mi hambre se había transformado en náuseas.

A través de la puerta corredera, ligeramente entreabierta, penetraba un haz de luz procedente de la habitación del fondo. Sae tenía instalado allí un altar sintoísta ante el que rezaba varias veces al día. De niña, recuerdo haberle preguntado una vez qué dios era el del altar.

«Este dios es como un padre; no tiene nada que ver con la imagen de un dios omnisciente y todopoderoso que nos observa desde el cielo. Puesto que es como un padre, se preocupa por sus vástagos, y le duele que estos no se den cuenta de su suerte y anden quejándose todo el tiempo. Pero nadie se preocupa por él. Nuestros ritos son importantes porque son nuestra manera de ayudarlo. Si nosotros nos salvamos, él también se salva.»

Una vez que dejó de hablar y de valerse por sí misma para comer, vestirse e ir al baño, empezó a pasar largas horas sentada frente al altar y, a menudo, se quedaba dormida allí mientras rezaba. Ese era justamente el lugar que en ese momento yo veía por el resquicio de la puerta entreabierta. Y la luz que penetraba desde ahí parecía querer recordarme el contorno de su figura, perfilando el lugar donde debía de haber estado sentada ella. Enfundada en su kimono,

como una fina armadura de acero, solía rezar con un hilo de voz que me envolvía. Su espalda curvada me ignoraba. Porque mi abuela veía siempre en mí a mi madre. Porque mi abuela la odiaba. La odiaba porque, después de que le hubieran diagnosticado un tumor cerebral a mi padre, ella, mi madre, se había quedado embarazada de otro hombre. Y mi abuela rezaba para salvarse de ese odio que crecía tan cerca de mí. Porque si ese odio me absorbía a mí, la culpa quedaría atrapada entre sus manos unidas. Aquellos rezos pronunciados de manera tan estricta eran lo que me preservaba. La superficie del sake ofrendado temblaba; me desperté, yo era entonces una niña, como una nuez que estalla. Por el resquicio de la puerta veía la espalda inclinada de ella. La luz brumosa del alba se arremolina en la sala. Me había olvidado por completo de que había estado durmiendo hasta ese momento. Pegué el rostro a la almohada, contuve la respiración y la contemplé. Durante unos minutos oí el eco mecánico de sus rezos, que, al poco, se acallaron. Tensos los muslos, encogidos los hombros, la perplejidad me desbordaba y me entrecortaba la respiración. ¿Quién estaba ahí? ¿Era Sae? El calor de mis muslos, pegados uno contra el otro, se replegaba en la zona baja de mi vientre, donde se convertía en una bola del tamaño de un puño, y me oprimía con un dolor sordo. Me cubrí con el edredón hasta la barbilla y mi cuerpo se retorció como un insecto; el sonido del roce con el futón, entremezclado con el de los rezos, se intensificó y mi cuerpo se volvió aún más rígido. La presión en el bajo vientre se tornó más intensa debido a las ganas de orinar. Pero yo era incapaz de hacer nada. ¿Y si Sae se daba la vuelta y se percataba de que yo me había despertado? Entre tanto, esas ganas eran cada vez más intensas.

Al despertar, tuve la extraña sensación de haber dormido con los ojos abiertos. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que me

había echado? Sobre la mesa, me encontré el desayuno listo, como siempre, y ella, sentada, daba sorbos a su té negro, como de costumbre. Comprendí que nuestra vida en común comenzaba siempre con aquellos rezos.

El cristal de la ventana vibró. ¿Cómo era posible que una persona privada de movimiento y de habla hubiera dejado, tras su ausencia, un silencio tan profundo, un aire tan enrarecido? Tan nítida como si la hubieran recortado en cartulina, la silueta de mi abuela, un leve hueco impreso en la cama que había ocupado, permanecía inalterable. Mientras, la figura implorante, sentada ante el altar, atisbada tras la puerta entreabierta, se desdibujaba una y otra vez, como si fuera perdiendo hojas. La imagen de mi abuela era siempre la misma, pero a cada hoja que caía yo era diferente. Yo vistiendo una falda roja con tirantes. Yo con una camiseta fina sobre la que se marca la suave protuberancia de mis senos en ciernes. Yo con fiebre y arrojando sangre.

Mi pelo se mecía. Era la respiración de Mikoto lo que lo rozaba. Él me sujetaba la espalda con una mano. Con sus dedos me alisaba el pelo. Un leve rechinar me recorrió el hombro. Su aliento húmedo me acariciaba las mejillas. Su peso me atenazaba, como una corriente eléctrica, el brazo derecho. Pronto me desplomaría. Aquel entumecimiento no desaparecía. ¿Cuándo había dejado de poder sostenerme por mí misma? Me mantuve a la espera de que Mikoto me dejara caer. Sae carraspeó en su pequeño cuarto, y, como una señal, el techo tembló y el voluminoso pecho me impidió respirar. La

frialdad del tatami atravesó el jersey y se me extendió por la espalda.

«Pero ella...»

Volví a mirar a través del resquicio de la puerta. Mi abuela estaba postrada, con las manos unidas sobre el suelo y la frente apoyada sobre ellas, entre el rezo y el sueño.

«No está en el mismo espacio que nosotros», dijo Mikoto, alargando una pierna y cerrando la puerta hábilmente con el pie.

«No está, no está...», musité, y su lengua lamió mis palabras. «¿Quién es real?, ¿nosotros o ella?»

El tacto de su lengua era blando como el de la mantequilla.

«¿Quién puede decirlo?», replicó él, y su voz llevó el olor a mantequilla hasta los orificios de mi nariz.

«Es verdad.»

Al tacto de sus manos en mi cintura, mi piel empezó a desprenderse, exhibiendo mis entrañas, ásperas como alas de pájaro. Me retorcí para mirar dentro de mí misma, pero mis ojos se toparon con la esperada opacidad de mi propia piel recubriéndome el cuerpo. Volví a oír a mi abuela carraspear: la vibración de su garganta seguía transformándose en una susurrante letanía. El peso de Mikoto era una fina membrana que me envolvía; una leve fiebre se extendía por mi cuerpo. Nos frotábamos, sus uñas se clavaban en mis pechos. Mientras aquellos puntos de fiebre describían amplios círculos, la sangre se acumulaba en el centro de mi cuerpo. Yo insertaba mi lengua entre sus costillas, y un sabor acre, a vegetación, me la impregnaba. Su barbilla estaba húmeda; un gusto amargo me bajó por la garganta, acompañado de saliva, y luego pasó, acariciándome, por los pulmones, hasta detenerse en el útero. Sentí esa misma aspereza bajar por mi interior una y otra vez, condensada y transformada ahora en un dolor punzante que me

empujaba el útero hacia arriba. Nuestras caderas entrechocaban con un ruido sordo. Sus mucosas absorbían el calor de mis entrañas. Intenté orientar hacia mi interior mis nervios, que amenazaban con desperdigarse por toda la habitación. No podía dejar de pensar que Sae, momentos antes postrada ante el altar sintoísta, podría incorporarse de pronto.

«No te preocupes.»

Los labios de Mikoto se movían, y yo asentía con los ojos cerrados. Proyectada en mi retina, veía la imagen de ella volviendo la cabeza hacia mí. Apreté los párpados con fuerza. La luz se tiñó de color. Él procedió a cortarme en rodajas y más rodajas.

Una nueva hoja con la forma de mi abuela se desprendió y solo quedó una cavidad honda. Deseé que un sol matinal, tan ligero como la risa de un niño, llenara esa cavidad. Recogí las sábanas y la funda de la almohada y las metí en la lavadora. También doblé el futón y el edredón y los guardé en el armario. Bajo la estructura de la cama, desnuda, los restos del sudor de mi abuela habían formado una costra. Cuánto líquido habría exudado su cuerpo mientras había permanecido allí, convaleciente... Por mucho que yo me había esforzado por eliminarlo, siempre parecía guardar algo más dentro de ella, un remanente que se resistía a desaparecer. Pulsé el botón de encendido de la aspiradora y el sonido áspero del motor rasgó el silencio. Temí que, por más que pasara y repasara, no conseguiría eliminar las secreciones incrustadas en las vetas del contrachapado. Aguzando la vista, en medio de ese desagradable zumbido, seguí pasando la aspiradora.

Al despertar, lo primero que miraba siempre era el calendario. Aquella mañana no fue diferente, y enseguida comprobé que ya habían transcurrido cinco días desde que habíamos llevado a mi abuela a la residencia. Poco a poco, su olor y el rastro de su presencia iban desapareciendo de la casa. En solo cinco días, aquella casa en la que habíamos vivido Sae y yo desde que, abrazada a mi osito de peluche y negándome a darle la mano, crucé la puerta el día en que murió mi padre, había cambiado por completo. Pero seguía sintiéndome atrapada en ella.

Alargué la mano hacia el despertador. Aunque la noche anterior me hubiera dado permiso para dormir cuanto quisiera, todos los días acababa despertándome a la misma hora. Levanté ligeramente la mano y abrí la cortina, que silbó al deslizarse por su raíl, trabándose de tanto en tanto. La luz blanca se coló enseguida por la abertura, y el pequeño parque de enfrente apareció recortado en la ventana. La mirada se me fue a los gurruños de papel de periódico tirados junto al banco herrumbroso y a las bolsas negras de basura que se amontonaban a la entrada del parque desde la noche anterior.

Noté frío en el cuello y me encogí de hombros. Aunque mi piel lo acusaba, por dentro aún conservaba los rescoldos del calor de la noche. Para no perderlo, me acurruqué de nuevo bajo las sábanas. Entonces recordé que había tenido un sueño. En el sueño, había una mujer delgada, de pelo largo, que sostenía en brazos a un bebé vestido de azul. Este me miraba con los ojos muy abiertos y sonreía, como si hubiera visto algo que lo maravillara. Tenía el mismo pelo revuelto que yo. En cuanto a la mujer, una bruma blanca, lechosa, le

cubría el rostro. Aun así, enseguida supe que se trataba de mi madre. Y supe también que me estaba prohibido mirarla a la cara. Pero aquellas piernas finas, como ramitas de árbol, que le asomaban por debajo de la amplia falda no dejaban lugar a dudas. El bebé sonreía en silencio, agitando piernas y brazos, vestido con su ropita de rizo. ¿Por qué, si yo no conocía a ese bebé, lo veía con tanta nitidez? Pronto di con la respuesta: era mi hermanastro, el hijo que mi madre había tenido con un hombre que no era mi padre. Compartía una memoria visceral con ese niño. Esa memoria no estaba hecha de recuerdos, sino que procedía de nuestro origen común: el mismo útero, el mismo líquido amniótico. El bebé comenzó entonces a separarse de los brazos de mi madre y a flotar en el aire como algodón de azúcar. Ella, por su parte, empezó a alejarse, con el rostro todavía envuelto en la bruma y las piernas cada vez más finas, hasta quedar reducidas a dos hilos bajo la falda. El bebé se encogió sobre sí mismo hasta tocarse la cabeza con los dedos de los pies. Su espalda temblaba, arqueada, y a mí empezó a dolerme la cabeza, como si algo me apretara bajo las cejas. El pequeño no dejaba de estremecerse; una intensa corriente lo envolvía y deshacía su ropa azul, tiñéndose levemente de ese color. El dolor me subió a la coronilla y luego se trasladó al estómago, donde se convirtió en náusea. Incapaz de soportarlo por más tiempo, extendí los brazos hacia el bebé. Hacía calor, la misma temperatura que tenía mi propia sangre. Su piel estaba húmeda como la pulpa de una fruta. Comprendí entonces que nos encontrábamos en el mar de la matriz. El bebé dejó que mis brazos lo sostuvieran y fue marchitándose lentamente, sin hacer ruido. Me quedó en la garganta la desagradable sensación de haber tragado algo cenagoso. «¿Eres mi hermano pequeño?» Justo cuando iba a preguntárselo, me desperté.

Me dije que ese bebé, en efecto, podía ser perfectamente mi hermano. Volví a mirar el calendario. Hacía cinco días que Sae había ingresado en El Nuevo Mundo. ¿De verdad solo cinco? Me dije que debía contar también los otros días. ¿Los otros días? Una parte de mí fingía no entender. No había otros días. Aparté la vista del calendario y busqué de nuevo el calor de la cama. ¿Me había tragado al bebé? Aún notaba en la garganta aquella aspereza arcillosa. Me toqué la base del cuello y sentí una hinchazón que descendía bajo el pecho, como si una ameba se deslizara por dentro. Bajé la mano entre los pechos; seguí recorriendo eso en zigzag por las costillas hasta el bajo vientre. Me palpé esa zona sensible y prominente, de grasa blanca, y confirmé que se había detenido allí. Toda mi sensibilidad se concentró en esos escasos centímetros. Metí la mano bajo el pijama y presioné con los dedos. Pero las paredes de mi vientre empujaron en sentido contrario, y con más fuerza que la mía cuando lo apretaba. No habría podido arrancar aquello ni mordiéndolo; habría sido como morder una esponja, el mismo tacto insípido en la lengua. Hundí más los dedos y sentí que la pared sensible de mi vientre se desgajaba tan claramente que casi podía abarcarla con la mano. De manera instintiva, el vientre se contrajo aún más. Retiré bruscamente la mano. No, no debía seguir. ¿Y si allí se alojaba, escondido, un pedazo blando y frágil de vida, con voluntad propia, independiente de la mía? Ya no podía ignorar esa posibilidad.

Me levanté de la cama. Me había quedado sin fuerzas y el frío me atenazó enseguida. Sin pensarlo, empecé a quitarme el pijama. Reparé entonces en que en el banco del parque, bajo la ventana, se había sentado un vagabundo. Estaba alisando las hojas arrugadas de un periódico y trataba de leer. Cerré la cortina de un tirón y la

habitación volvió a quedar en penumbra. El pijama cayó con facilidad a mis pies y contemplé mi cuerpo entero en el espejo.

Me dije que verme en el espejo era muy diferente que verme desde arriba, inclinando la cabeza. En el espejo parecía poca cosa, mucho más huesuda y frágil. Incluso la protuberancia grasienta del bajo vientre, que tanto me obsesionaba, parecía desvanecerse. De pie, la piel quedaba repartida con naturalidad sobre la cadera. Y aunque, comparados con los de Sae, mis pechos conservaban su firmeza y su redondez, sabía que solo se debía a mi juventud. No encontré nada anormal en mi imagen. ¿Y qué esperaba? Me reí de mi ingenuidad. La parte de mi cuerpo que más me inquietaba era precisamente la que no podía ver: la que se hallaba oculta, congestionada de sangre, rodeada de carne húmeda. No iba a poder soportar mucho más tiempo el miedo que me provocaba la incertidumbre. Mientras le daba vueltas a eso, dejé escapar un largo suspiro y me senté.

Sonó el teléfono. Di un respingo, saqué una blusa del cajón de debajo de la cama y bajé las escaleras. Los pies descalzos se me pegaban a la madera negra de los peldaños. Solo Mikoto sabía a qué hora solía levantarme, así que descolgué sin demasiada prisa.

—¿Cómo te va la vida en soledad? —preguntó la voz al otro lado del auricular.

—No sabría cómo explicártelo en pocas palabras.

—Temía que estuvieras triste.

—No, no es eso. Solo que todavía no me acostumbro a estar sola...

—Ya me imagino. Bueno, poco a poco, ¿no? Primero tendrás que aceptar que ella ya no está en casa; luego, acostumbrarte a estar sola, a las visitas a la residencia...

—Sí, claro. Gracias.

¿Por qué le había dado las gracias? Ni yo misma lo sabía. Lo había dicho sin pensar.

—¿Vas a salir a dar una vuelta por la ciudad? —preguntó. Con eso se refería a si íbamos a vernos. A él le encantaba pasear por la ciudad, y dedicábamos gran parte de nuestro tiempo juntos a esa actividad.

—Por supuesto.

—Bien, pues quedamos en la estación de metro de siempre —añadió, y colgó.

Aparté el auricular de la oreja para no oír el pitido de la llamada cortada y, al colgar, el silencio me pareció aún más hondo que antes.

El viento procedente del túnel del metro me envolvió en su remolino templado y su acre olor a aceite lubricante. Me dejé arrastrar por la marea de pasos que subían y bajaban las escaleras, nunca del todo en línea recta. Yo me deslizaba entre los estrechos huecos que se abrían aquí y allá. Nadie reparaba en mí, nadie penetraba en ese mar que llevaba dentro, vigoroso y colmado de juventud. Para los miles de ojos de aquellos hombres yo no era más que una línea curva, una silueta, y eso era justamente en lo que me habría gustado convertirme: una simple curva exterior, sin entrañas. Lo deseé con una ansiedad casi asfixiante. Una ráfaga de viento levantó una falda. Vi unas pantorrillas rollizas, algo que ni Sae ni yo teníamos. Eran de una mujer tan joven como yo, y sus tacones altos repiqueteaban sobre el asfalto. El claxon de los coches, la música que escapaba de las tiendas a lo largo de la calle, las voces de la gente..., todo formaba un bullicio absorbente en el que me ahogaba.

El repiqueteo de esos tacones contra el suelo, apenas perceptible al principio, empezó a retumbarme en los oídos hasta nublar-me la vista. Ni siquiera lograba distinguir los talones de aquella joven, blancos como si no corriera la sangre por ellos. Poco a poco, su tamborileo seco iba precisándose. Y yo me sentí arrastrada hacia dentro, en sentido contrario al de los cinco sentidos: hacia una cavidad. Seguí a la mujer de las pantorrillas firmes. «¿Ha estado embarazada alguna vez?», habría querido preguntarle, como cuando, de niña, al olvidar algo, miraba a mi alrededor con la esperanza de hallar a alguien que hubiera olvidado lo mismo que yo.

Era mediodía, y la ciudad resplandecía; incluso parecía sonreír. Las canicas con que jugaban los niños, los sillines de las bicicletas, los grifos de las fuentes públicas..., todo destellaba. Pero no era una sonrisa alegre, sino maliciosa, ruidosa, sin matices. Un hombre trajeado, con una postura extraña, chocó conmigo. Si Mikoto hubiera estado allí, se habría girado hacia él y, con un amenazante chasquido de lengua, lo habría agarrado por un hombro. Mikoto aún no venía. Las cifras del reloj digital instalado en la pared de un edificio iban cambiando. Los coches avanzaban por el asfalto como una procesión de escarabajos. En mi campo de visión, todo parecía moverse a la misma velocidad, como el trazo de un lápiz sobre las viñetas de un manga. La ciudad se agitaba con violencia y, al mismo tiempo, parecía inmóvil.

Tres niñas de primaria lamían sendos helados, con la lengua llena de crema azucarada, y me pregunté si bajo aquellos uniformes escolares sus cuerpos guardaban también una grasa dulzona. Una de ellas intentó meter su monedero en la cartera del colegio mientras sostenía el helado con la otra mano. Sin darse cuenta, inclinó demasiado el cono y la bola cremosa cayó al suelo. Las tres estallaron en una risa simultánea, dando saltitos que hacían ondear

sus faldas azul oscuro. Apremiada por sus compañeras, la niña recogió con un pañuelo de papel la bola de helado, pegada al asfalto como una flor caída. Las tres eran incapaces de contener la risa.

Las observé hasta que la multitud de transeúntes fue tragándoselas, y los pliegues de sus faldas, sus carteras escolares apenas abultadas y sus zapatos de piel desaparecieron. Se reían de mí. Yo había llevado a mi abuela a la residencia —Sae, encerrada en sí misma, en su propia realidad— y, a cambio, una nueva vida parecía abrirse paso dentro de mí. De un lugar ajeno a mí brotaba una energía que me conducía a un lugar que no tenía nada que ver con mi voluntad. Era muy extraño, y no podía resistirme. Pero, al mismo tiempo, me sorprendía los cambios que experimentaba mi cuerpo. «Tal vez sea un espejismo, tal vez sea un espejismo», me repetía en un susurro.

¿Me sentía abrumada por la gente? El aliento que exhalaba la multitud se mezclaba, se espesaba y flotaba a la altura de mis pulmones. Pronto sería la hora acordada. Entre los cientos de rostros vacíos y anónimos que me rodeaban, debía buscar uno solo, uno distinto. Solo pensarlo me agotaba, así que cerré los párpados suavemente, intentando contener las náuseas que empezaban a subir. Pero, con la visión nublada, los otros sentidos se agudizaban y la presencia de la gente se volvió aún más asfixiante. El agobio alcanzó su límite y, cuando ya no pude soportarlo más, abrí los ojos justo en el instante en que Mikoto subía corriendo las escaleras del metro y llegaba hasta mí.

—Perdona, ¿llevas mucho tiempo esperando?

Sentí cierto alivio, como si me hubiera liberado de mí misma. Negué con la cabeza y, dejándome llevar por el suave empuje de su brazo, eché a andar a su lado.

—Estaba preocupado por ti.

Su gruesa barbilla volvía a estar húmeda.

—¿Por qué?

—Temía que te arrepintieras de haber dejado a tu abuela en la residencia. Se te veía tan indecisa...

Mientras caminábamos, la multitud que hasta hacía un momento me había asfixiado comenzó a disiparse.

—No me arrepiento. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

—Bueno, ya sabes: a veces te culpas demasiado por todo.

Me rodeó la espalda con un brazo. Los sentimientos que me asediaban por el vacío que Sae había dejado en casa tenían poco que ver con el arrepentimiento o la culpa y, sin embargo, me pesaban tanto como ellos. Tras sufrir su demencia, ahora me atormentaba mi propia normalidad. ¿Y si la anormal era yo? ¿Y si era mi falta de cordura lo que me mantenía encerrada en aquella casa? Además, por alguna razón, no podía descartar que hubiera otra vida latiendo a mi lado. No sabía muy bien por qué ni cómo explicarle todo eso a Mikoto.

—A menudo me pregunto adónde ha ido, y entonces me repito que a la residencia. Sin embargo, al poco, vuelvo a preguntármelo.

De vez en cuando debíamos esquivar los percheros de ropa que muchas tiendas instalaban a la entrada, ocupando parte de la acera.

—Mi abuela ya no está en casa. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero no estoy segura de que lo que queda de ella, es decir, la casa misma, sea la auténtica realidad. Por eso sigo haciéndome la misma pregunta una y otra vez.

Mikoto asintió con la cabeza y recorrió con la mirada el cabello enredado de mi frente, como si quisiera desenredarlo. Luego se desabrochó uno de los botones de la chaqueta. Mientras caminábamos acompasados, mi ropa y la suya se rozaban ligeramente, lo que me hacía pensar en sus muslos firmes y tensos,

en sus uñas finas como conchas y en sus brazos fuertes como troncos. Había algo especial en cada parte de su cuerpo.

—Quizá todo tenga que ver con que... —se interrumpió y, tras pensarlo unos segundos, prosiguió—: estás pasando por un duelo y necesitas tiempo para reconstruir una identidad que se ha tambaleado con todo lo que ha ocurrido. El problema es que hay personas que acaban sintiéndose cómodas en esa indefinición.

En el vestíbulo del cine sonó entonces el aviso lánguido que anunciaba la siguiente proyección. Yo seguía atenta a lo que él decía mientras los espectadores del pase anterior salían en silencio, bajando la mirada para protegerse del resplandor del sol, y se mezclaban con la muchedumbre que abarrotaba la calle.

—Pues creo que soy una de esas personas —repuse.

Mikoto se dedicaba a escribir poesía, pero, más que para ganarse la vida, el dinero le servía, sobre todo, para comprarme regalos de cumpleaños.

—El caso es que... —se interrumpió de nuevo; siempre reflexionaba antes de hablar— tienes razón. ¿Dónde situamos nuestra realidad? Como dices, al llevar a Sae a la residencia la hemos apartado de las sensaciones y de las ideas que conforman la realidad que creemos verdadera. Así que quizá nosotros también vivamos dentro de una ilusión aún mayor. Aquel día en que tu abuela llegó a casa con las flores de cosmos y las esparció por toda la habitación, seguramente te asustó admitir lo anormal de aquel gesto, y llegaste a dudar de tu propia cordura, ¿no? Yo también creo que la frontera entre lo normal y lo anormal, entre la verdad y la ilusión, es tan borrosa que nadie puede trazarla con claridad.

De una hamburguesería salía una mezcla de olor a ketchup, carne achicharrada y refrescos. Dentro, dos parejas comían hamburguesas con los codos apoyados en el mostrador que daba a la acera. Cada

uno, por turnos, levantó ligeramente el pan de las hamburguesas y se sirvió mostaza de un tubo amarillo. Un vaso de papel vacío rodó hasta los pies de Mikoto, que lo apartó de un puntapié. En la pared de unos grandes almacenes ondeaba una pancarta roja que anunciaba: LA MEJOR CALIDAD, AL MEJOR PRECIO.

—Eso pienso yo también —murmuré.

Un extranjero que vendía baratijas sobre una tela extendida, bajo un paso peatonal elevado, se desperezó bostezando.

Caminar junto a Mikoto podía ser una ilusión más, pensé mientras él se volvía hacia mí para decir algo y yo medía la distancia entre sus palabras y el silencio. Me había dado cuenta de que, cuando alguno de los dos estaba a punto de decir la verdad, nunca encontrábamos las palabras, como si estas se hubieran quedado congeladas. Por ejemplo, si en una tarde de viento helado, tras un paseo agotador, hubiéramos encontrado una cafetería donde refugiarnos delante de una taza de café caliente, sin duda nos habríamos sonreído con alivio. Pero ese alivio no habría sido más que una forma de reconocer la soledad, la miseria y la vergüenza, aunque quizá nada de eso hubiera existido realmente. Entonces me habría preguntado si él habría sentido, como yo, la soledad, la miseria y la vergüenza.

Ese otro universo que, con su calor particular, crecía sigilosamente dentro de mí quizá no fuera una verdadera realidad; del mismo modo que Sae, en la residencia, podría estar cuerda y yo, aquí, loca. Quién sabía. Aquel ser vivo que goteaba sangre espesa no solo palpitaba en algún lugar hondo de mi cuerpo, sino en una sima a la que ni siquiera llegaba el dolor, como un punzón que se hunde cada vez más en una zona entumecida y cavernosa.

—A quienes nunca se nos dio la posibilidad de decidir quiénes somos a veces se nos borra la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso. Es como caer sobre una bolsa de aire —dijo Mikoto.

Mientras hablaba, yo oía el sonido húmedo de su lengua al salivar. Le pregunté un poco más deprisa, imitando el agradable ritmo de su voz:

—¿Cuándo te sientes así, Mikoto?

—Verás, una vez estaba sentado en una mecedora, escribiendo poesía, cuando por alguna razón me caí y me golpeé la cabeza con un cenicero. Mientras me la frotaba, todavía aturdido, miré la mecedora y vi que yo seguía ahí, perfectamente sentado, con las piernas cruzadas y el cuaderno apoyado en las rodillas, escribiendo poesía. Y, después, digamos que volví a mi «yo», el que seguía sentado en la mecedora, riéndome por haberme caído de mi mecedora.

—¿Como si todo estuviera desajustado?

—Sí, algo así —convino, distraído.

—Pero ¿no era, en el fondo, para encubrir tu error? —conjeturé, acercando mi rostro al suyo.

—Quién sabe. Al final, soy yo quien decide qué versión de mí creer —respondió con una leve sonrisa.

Pensé que, igual que Mikoto se había visto a sí mismo caer de la mecedora y golpearse con el cenicero, yo, como quien le da la vuelta a un calcetín, quería exponer mis entrañas y ver con mis propios ojos el latido del corazón del feto flotando en un mar denso. Me apoyaría en los codos, como al comer una hamburguesa, y, sosteniéndome la barbilla con una mano, miraría con los ojos muy abiertos, como una niña.

Caminamos sin rumbo por callejuelas traseras. El hormigón de la parte posterior de los edificios bloqueaba la luz que parpadeaba en las ventanas de la calle principal. Aquellos callejones rezumaban siempre humedad, en parte debido al agua procedente de las cocinas de los restaurantes, mezclada con escamas de pescado y

hojas de col. Frente a una pequeña tienda de animales había trozos de periódico desgarrados por los gatos. Me fijé en el reflejo de Mikoto en el retrovisor de una moto. Entonces se quitó las gafas de montura negra y redonda y se las guardó en el bolsillo.

—¿Te duelen los ojos? —le pregunté.

—No, no es eso.

A veces, yo no podía pronunciar una sola palabra. Escuchaba con tanta atención como si absorbiera cada sílaba y, con cada exhalación, el silencio se me hundía más en el pecho. Debía encontrar las palabras que abrieran su corazón, pero él no me veía.

De pronto, otro, que no era él, se reflejó en el espejo retrovisor. Me opuse al silencio con toda la fuerza de mi bajo vientre. Mi interior se contrajo en un espasmo breve y viscoso; luego arqueé lentamente la espalda. «¿Por qué?», le pregunté con la mirada al Mikoto del retrovisor. Él se acercó a un niño de unos tres años que estaba apoyado en un poste del tendido eléctrico. El pequeño espacio entre ellos aumentó un poco. Los pliegues de mis membranas mucosas se estiraron, y mi interior se tornó liso. Él apoyó las manos en las rodillas, se inclinó y miró al niño.

—¿Te has perdido?

El niño bajó la mirada con timidez. Una corriente de aire frío procedente de algún sitio penetró en mis mucosas y las secó de inmediato. También desaparecieron las sensaciones que se habían acumulado en sus pliegues. Mikoto se sacó las gafas del bolsillo e intentó ponérselas al niño. Le quedaban grandes, pero se sostuvieron sobre su nariz. Mikoto soltó una carcajada. El residuo de fluidos corporales que se había acumulado entre el vello se secó y se deshizo. Los latidos del otro, que deberían haber resonado con fuerza en el líquido amniótico, se convirtieron en un ruido seco,

como el golpeteo de una lata. Mi interior perdió humedad y espesor y empezó a desprenderse poco a poco.

—¿Dónde está tu madre?

El niño señaló hacia algún lugar impreciso. Las gafas se le resbalaban de la nariz. Mikoto las recogió al vuelo y se las guardó de nuevo en el bolsillo. Yo estaba del revés. Mis entrañas se habían vaciado. ¿Cuál era la verdadera realidad: yo o eso que latía dentro de mí? «Depende de en qué "yo" decida creer», me dije, recordando las palabras de Mikoto. «¿Hasta dónde piensas crecer? Sigues ahí, acurrucado como una oruga, pero ¿cuánta voluntad hierve dentro de ese firme trozo de carne? ¿Es dulce tu fluido corporal, parecido a la mermelada, quizá?» Una joven con vaqueros y sandalias se acercó entonces a Mikoto por detrás, alzó al niño sujetándolo por las axilas y se lo llevó a toda prisa. Mikoto se incorporó. «Me cuesta creer que una parte de mí pueda contener el tiempo, el habla, el apetito y los suspiros de otra persona. ¿No soy yo mi verdadera realidad, o sí? Hasta ahora me he dedicado a enterrar toda clase de verdades en el álbum de recuerdos de mi mente: mi madre saliendo por la puerta trasera con una bolsa de correos en la mano; la blancura de la tela con que mi abuela cubrió el rostro de mi padre; la inoportuna carta que un estudiante mayor que yo me entregó bajo el polen que cae de los álamos; la opresión en mi pecho cuando Mikoto se acercó a hablarme por primera vez..., todas esas realidades se superponen, como recuerdos que ya traía conmigo antes de nacer, entre ellos tu calor corporal, que no es el mío, y tu sangre, que circula a contracorriente.»

—¿Crees que la madre del niño se habrá enfadado? —preguntó Mikoto.

Al volverse hacia mí, la bufanda se le ajustó más al cuello y la curva de su mandíbula se marcó con nitidez. Mi interior regresó a la

normalidad. Las paredes musculares se contrajeron, los pliegues volvieron a ser firmes, y las mucosas, húmedas. Mi curvatura interior se cerró de nuevo.

—Claro que no —respondí, concentrada en el peso del útero, encerrado de nuevo en mi vientre.

—Me duele cuando alguien se enfada.

Asentí en silencio, sorprendida de que no hubiera advertido mi transformación. Sin embargo, nuestros finos conductos habían estado en contacto. Su saliva había fluido bajo mi vientre. Pero mientras que el calor seguía intacto en mi interior, la piel de él debía de haber perdido toda su sensibilidad al separarnos.

Rodeamos una fuente seca y seguimos nuestro paseo por un callejón empedrado que ascendía suavemente. Era una calle de bares, y avanzamos sorteando restos de carbón y bloques de obra dispuestos allí para asar carne. Banderines manchados de aceite colgaban sobre nuestras cabezas, y el olor a alcohol impregnaba cada rincón. Al llegar a lo alto de la larga y sinuosa pendiente, se abrió ante nosotros la amplia calle principal, tan relumbrante como antes.

Ríos de gente salían de los pasos subterráneos, las cafeterías y los grandes almacenes. Las puertas automáticas de una tienda de discos se abrieron a nuestro paso, dejando escapar una ráfaga de música pop, y se cerraron enseguida. El siguiente local era una galería de arte, una sala larga y estrecha donde no había nadie, como si dentro solo existiera el vacío. Un viento color cemento, de marcado carácter urbano, subía en remolinos y le alborotaba el cabello a Mikoto, que, como un niño, ni se percataba de ello. Él solo atendía a lo que le llamaba la atención: carteles de obras de teatro ya retiradas, tazas de café con motivos marinos, platos con patatas

de plástico expuestos como reclamo a la entrada de los restaurantes.

—¿No te parece fascinante? —me preguntaba.

—Sí, sí, fascinante. —Nunca le llevaba la contraria.

De vez en cuando nos cruzábamos con alguna mujer embarazada. No las buscaba, pero por alguna razón captaban mi atención y acababa mirándolas con el rabillo del ojo. Lucían con orgullo sus vientres abultados. Me pregunté si la semilla de una transformación física como las de ellas acechaba también dentro de mí y me llevé la mano al bajo vientre, por encima de la falda. Para esas mujeres, alimentar la vida que crecía en su interior era una verdad absoluta: les bastaba confiar en sus cuerpos. Mi bebé, en cambio, no tenía piernas, lengua, pestañas ni costillas. Yo no era normal; ni siquiera era capaz de sostener a uno en mis brazos.

—Tengo sed. —Miré a Mikoto, cansada de caminar.

—¿Qué te apetece? ¿Cerveza? ¿Coca-Cola?

Nos detuvimos y nos miramos. La multitud abrió un óvalo a nuestro alrededor.

—Un zumo de verduras —respondí de inmediato.

—Vale.

Mikoto saltó la barandilla y, abriéndose paso entre el tráfico, cruzó al otro lado de la calle. Sacó unas monedas del bolsillo y las introdujo en una máquina expendedora. Yo también salté la barandilla, con cuidado de no mancharme la falda, y lo esperé al borde de la calzada, sin cruzar. Al poco, volvió a mi lado, esquivando los coches igual que antes, con una lata en cada mano.

—Aquí tienes.

Me lanzó la lata, y su peso se balanceó en la palma de mi mano. Nos apoyamos en la barandilla, uno junto al otro: yo con mi zumo, él con una cerveza, bajo aquellos edificios cuyas líneas rectas

empezaban a difuminarse, frente a aquel horizonte de hormigón que se iba oscureciendo. Una sensación fría y dura me recorrió entonces las piernas. Tomé un sorbo del zumo de verduras y las ásperas fibras vegetales se me quedaron en la boca.

—He escrito un poema nuevo —anunció, con la lengua húmeda.

—¿De qué trata?

La luz del semáforo cambió y la fila de coches empezó a avanzar despacio.

—Es un poema muy largo. Trata de la infinidad de ruidos que se han adueñado de la ciudad donde vivo y que no puedo ignorar. Algunos se han formado con el alfabeto, otros dan vueltas sin parar, otros se aburren, y yo recorro la ciudad buscándolos. Oigo manzanas caer y rodar en el supermercado, a alguien arrugando una entrada de cine, a gente reír en una gran librería.

Un coche giró con suavidad y se detuvo junto a nosotros. Dentro iba una pareja joven, a la que vimos desde atrás.

—En un momento dado, voy a una fiesta. Allí también me encuentro con toda clase de ruidos: corchos de champán que saltan, disparos de cámaras, chapoteos en la piscina, y hasta caviar deshaciéndose. Pero ninguno de esos ruidos es el que busco.

Di otro sorbo al zumo de verduras. La sed se pasó enseguida, pero un regusto a pescado se me quedó pegado a las encías. Mikoto hablaba tanto que empecé a pensar que la cerveza se le iba a calentar en la mano.

—Cuando ya casi me había dado por vencido —continuó—, una mujer sentada a la mesa de enfrente me guiñó un ojo. Era joven, quizá bailarina o deportista.

El hombre y la mujer del coche charlaban, recostados en los asientos. De vez en cuando, él se incorporaba para mirarla, o ambos echaban la cabeza hacia atrás y reían.

—Dejó el vaso sobre la mesa y luego entreabrió las palmas de las manos. Dentro había una mariposa.

—¿Una mariposa? —repetí, notándome la lengua áspera.

—Sí. La acercó a mi oreja y entonces lo oí: el leve temblor de sus alas.

—¿Así que ese sonido era el ruido que buscabas?

La pareja del coche empezó a besarse. Una muñeca de fieltro se balanceaba en el parabrisas.

—No exactamente. Pero no quería decepcionarla, así que grité «¡Estupendo!» y brindé por el ruido.

El zumo de verduras estaba produciéndome ardor. Como aún quedaba media lata, vertí el resto con disimulo por la alcantarilla, procurando que Mikoto no lo notara. Tenía el mismo color que el ácido del estómago. Me pregunté si el líquido que había bebido le llegaría al bebé.

—Toma, Nanako, la revista en la que han publicado el poema —dijo, sacando un ejemplar del bolsillo interior de su chaqueta.

Reconocí de inmediato los trazos del dibujo a lápiz que ilustraba la portada. Se trataba de la misma revista de poesía en la que ya habían publicado anteriormente otros poemas suyos.

—Ah, muchas gracias —dije al tiempo que me la guardaba en el bolso.

La sombra de los edificios se extendía en diagonal sobre la calle, y la pareja del coche retomó su conversación tras el beso. ¿Cómo era posible, entre dos enamorados, una relación tan suave, tan expresiva, tan normal y sin rastro de olor? No es que Mikoto y yo fuéramos una excepción, pero esa parte impura que yo llevaba dentro aún no había empezado a tomar forma ni a revelar sus contornos.

Apuré la cerveza.

«¿Cómo es que somos personas diferentes? ¿De verdad lo somos? Te lo pregunto porque una gota de tu fluido corporal sigue desarrollándose en mis entrañas. ¿No sientes el dolor que yo siento, la presión, el escozor? ¿No percibes que quizá todo esto no sea más que una ilusión?»

Aquella voz inarticulada se había instalado en mi pecho. Permanecimos allí tanto tiempo, con las latas vacías en las manos, que el calor de nuestros cuerpos terminó por transmitirse a la barandilla.

Crucé la entrada sin dar la luz y subí las escaleras hasta el primer piso. La casa estaba especialmente fría, como si una película helada y transparente la mantuviera aislada del mundo. Al encender la estufa, una suave luz emergió de ella, y me quedé un momento inmóvil, calentándome las manos, antes de encender la lámpara. Cuando lo hice, una claridad suficiente para mí sola se extendió por la sala de estar.

Tenía la impresión de haberme despertado hacía solo un instante y, sin embargo, ya había pasado un día entero. Una vez más, volví a mirar el calendario, el recuadro del día siguiente. «Ya casi es el sexto día», pensé antes de sentarme en el futón. Saqué del bolso la revista que Mikoto me había dado y la hojeé hasta encontrar, entre dos páginas, un papel suelto. Estaba en las páginas que ocupaban su poema, titulado «Ruido», y aquel papel resultó ser una fotografía.

Una joven de cabello largo y fino estaba vuelta hacia la cámara; tenía los ojos, la nariz y los labios mucho más grandes que los míos, y en el hueco de una mano tenía una mariposa con las alas

extendidas, amplias y simétricas. «¿Quién es esta mujer?», me pregunté. No lo sabía; no tenía la menor idea. Sus labios, sin carmín, tenían un color natural, su frente era lisa e impecable y sus dedos, finos, de líneas suaves. «¿Por qué habrá dejado Mikoto esta foto aquí?», volví a preguntarme. El brillo de su blusa de seda realzaba su pecho henchido. La foto casi me hizo olvidar el poema de Mikoto. La joven tenía los codos doblados, los brazos pegados al cuerpo y extendía las palmas hacia mí. «¿Fuiste tú quien le mostró a Mikoto el ruido de la ciudad? ¿Fuiste tú quien hizo bailar su corazón?» Bajé la llama de la estufa, que estaba demasiado fuerte. Me pesaban los brazos. La piel de mis mejillas estaba tan caliente que me dolía, pero mis entrañas seguían frías. Cogí la fotografía. Las alas temblaban, y cada vez que temblaban, se desprendían una especie de polen. «¿Te ha dejado aquí olvidada a propósito?» Solté un largo suspiro. Las partículas de polen se me adherían a la mucosa de la garganta y se deslizaban lentamente hasta la cavidad carnosa donde respira el bebé. «Puedes oír el ruido dentro de mí, ¿verdad?» Un ruido persistente, insidioso. Este era el ruido que Mikoto realmente buscaba, y ella procuraba no interrumpirlo. Las alas de la mariposa temblaban de vez en cuando, como la superficie ondulante de una seda. Con cada temblor, las partículas de polen sueltas penetraban en mí. El ruido seguía brotando de mi útero, el polen acumulado me asfixiaba por dentro y mis entrañas se retorcían. Una cucharada espesa de líquido comenzó a entibiarse, oponiéndose a la presión, tratando de resistirse a ella, y por fin noté calor. El frío en mi interior empezaba a remitir. «Haré que Mikoto oiga el ruido real, el auténtico; haré que su corazón se eleve.» Los muelles de la cama chirriaron. Tragué saliva para desprender las partículas de polen adheridas a mi mucosa. «Lo sé: ella tomará el ruido de dentro de mí y se lo acercará a Mikoto para que lo oiga. Él suspirará, bajará la

mirada y negará con la cabeza. “Lo siento, esta no es la realidad verdadera”», dirá, y brindará con ella. El suelo desapareció bajo mis pies y me encogí, balanceándome como un feto. Las alas de la mariposa, con su dibujo de franjas negras y amarillas, me cubrieron los ojos, cegándome. Un latigazo de angustia me atravesó la nuca. «¿Me estás diciendo que esto no es real? ¿Estás negando que lo que llevo en mis entrañas no forma parte de la realidad, igual que te negaste a ti mismo al caer de la mecedora?» Acurrucada en la cama, me repetí esas preguntas sin respuesta mientras me golpeaba en el vientre una y otra vez.

El primer fin de semana después de que mi abuela ingresara en El Nuevo Mundo, decidí ir a verla. Como tuve que tomar el tren y luego el autobús, el trayecto se me hizo mucho más largo que el día en que Mikoto nos llevó a las dos en coche. Compré tres manzanas en un puesto junto a la parada del autobús y subí la cuesta que conducía al reloj floral; la bolsa de papel crujía. La presencia de aquel ser extraño que llevaba en mi interior se volvía cada vez más evidente. No podía librarme de él ni un instante. En el aparcamiento, completamente vacío, destacaba la línea blanca que delimitaba las plazas. A mano derecha había un pequeño huerto y varias personas mayores agachadas. Todas llevaban pantalones deportivos y jerséis de colores apagados. Aunque sus rasgos y su sexo debían de ser diferentes, a mí me parecían todos iguales. Sin embargo, estaban claramente divididos en dos grupos: uno que hablaba sin cesar y otro que permanecía en completo silencio. Las voces de los que hablaban carecían de entonación y énfasis; yo no lograba entender

lo que decían. No obstante, asentían con la cabeza, como si mantuvieran una conversación normal. El grupo callado, en cambio, parecía ajeno por completo a lo que se decía. Sostenían pequeñas azadas y palas, pero daba la impresión de que no hacían nada con ellas. Desde más cerca, aquello se parecía menos a un huerto que a una simple extensión de tierra blanda. Quienes cavaban no parecían cansarse de hacerlo.

En el vestíbulo había tantos ancianos como la vez anterior. Como era de esperar, todos los sofás seguían vacíos: probablemente nadie quería sentarse en ellos. El Nuevo Mundo se regía por sus propias reglas, y allí la extraña era yo.

Una anciana, sentada de rodillas, entornaba los ojos, deslumbrada por la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas. De pronto se levantó, como espoleada por alguna idea u ocurrencia, y comenzó a bajarse los pantalones del chándal con sorprendente agilidad. Una enfermera acudió corriendo a su lado.

—Señora Hiramatsu, el baño está allí.

La enfermera debía de haber dicho eso infinidad de veces, porque no mostraba el menor nerviosismo. La anciana se volvió al oír su voz y se quedó inmóvil. La enfermera sonrió, y la mujer la miró conteniendo la respiración.

—Vamos, señora Hiramatsu, acompáñeme. Si se quita los pantalones aquí, la gente se reirá.

La anciana reaccionó y, con pesada lentitud, volvió a subirse los pantalones.

—Ya están todos dentro —dijo—. Soy la única que falta. ¿El agua está tibia? Bueno, da igual. Iré a cortar leña.

La enfermera asintió en silencio.

Al salir del ascensor, una sucesión de puertas idénticas flanqueaba el pasillo. La habitación de mi abuela era la segunda empezando por

el fondo. Avancé por aquel corredor sin ventanas, tenuemente iluminado, mientras el taconeo de mis zapatos resonaba en el suelo. Durante todo el trayecto hasta la residencia había estado preocupada por ella. No podía cambiar mucho en apenas unos días, pero temía encontrar su cuerpo aún más rígido. También pensé que tal vez me habría olvidado. Al fin y al cabo, yo era lo último que le quedaba por olvidar. Como si me esperaran, una de las puertas se abrió entonces lentamente y un anciano alto y delgado asomó por ella. El pijama le colgaba aquí y allá, se le marcaba la mandíbula y estaba descalzo. Se relamía una y otra vez los labios, como si quisiera decir algo. Las arrugas se movían como gusanos sobre su rostro.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté con voz ronca.

La expresión en el rostro del anciano no cambió, y justo en el momento en que yo pasaba por delante de su puerta, extendió rápidamente el brazo delgado como un palo y me tocó la muñeca. La bolsa de papel con las manzanas crujió. De inmediato, cerró la puerta de nuevo. Una sensación polvorienta permaneció en mi muñeca. Sin duda, en El Nuevo Mundo ocurrían cosas inesperadas. ¿Quién podía decidir qué era real y qué no?

Mi abuela dormía con una respiración fatigosa. La otra cama permanecía vacía. La piel de Sae, su cabello y su postura al dormir eran los de siempre; solo el camisón me resultaba ajeno. En la toalla que colgaba de la barandilla de la cama había una mancha marrón claro. Dejé una manzana junto a la ventana, una en la mesilla de noche y otra en el estante sobre el lavabo. A Sae le encantaba el olor de las manzanas. Quise pensar que, aunque hubiera perdido el sentido del gusto, aún conservaría el del olfato. Un gemido se mezcló con su respiración: se estaba despertando. Cuando abrió los ojos, me incliné sobre ella para que mi cara fuera lo primero que

viera. Pero sus párpados se cerraron de nuevo, pesados, y, tras mover ligeramente la cabeza, se quedó dormida otra vez.

«Aquí estás, abuela. ¿Sabes?, he quitado la toalla que habías metido entre el colchón y la almohada para alzarla un poco. Creo que estaba demasiado alta.» Sae dejó escapar otro suspiro. «Desde que te traje aquí, tanto la casa como yo hemos cambiado. La cama que solía ser tu refugio ahora no es más que un armazón de madera, y la pequeña habitación del fondo está cerrada. El dios que intentabas salvar debe de estar cubriéndose de polvo.» Acerqué una silla metálica que había en una esquina y me senté. «Después de traerte, me quedé como en suspenso... Dejé de discernir lo que era real de lo que no lo era.» Me quité la chaqueta y la colgué del respaldo de la silla. La cinturilla de la falda se me clavaba y me molestaba. Cada día que pasaba me sentía más densa por dentro. «Fíjate que incluso llevo algo dentro de mí, algo que no es mi verdadero yo, y crece; crece mientras tú estás en este nuevo lugar.» En el corredor, oí los pasos y la conversación de dos jóvenes enfermeras.

—¿Sabes?, el otro día, en la cafetería...

—No me digas...

«Quizá puedas ver dónde está mi bebé ahora. Creo que está muy cerca. Muy cerca de donde tú estás. Poco a poco, has ido deshaciéndote de todo en lo que siempre has creído, de los rezos, de las risas, del apetito, del pecho, de las palabras. Creo que hay un océano denso allí hacia donde vas. La silueta de tu cuerpo dormido se parece cada vez más a un feto.» Me pregunté cómo habría reaccionado Sae a lo que estaba en mi interior si no hubiera tenido demencia senil. ¿Habría visto en mí a mi madre? En ese caso, habría rezado mucho y durante mucho tiempo, para salvarme a mí, a sí misma y al dios del altar.

Incluso dormida, fruncía los labios una y otra vez, como solía. Vi que tenía amoratada la zona junto a la línea del cabello. Le destapé los pies y vi que estaba hinchada desde los tobillos hasta las pantorrillas. Presioné con las yemas de los dedos y se formó una pequeña hendidura ovalada que fue borrándose poco a poco. Era como tocar un globo mal inflado. Había oído que, cuando el corazón se debilita, la hinchazón comienza en las extremidades, así que le examiné también las muñecas; allí, en cambio, no había hinchazón, los huesos aún sobresalían. Volví a cubrirla con la manta. «Todavía sigues queriendo deshacerte de algo, ¿verdad?»

El pasillo se llenó de repente de ruido: el timbre del ascensor, pasos, el sonido de una silla de ruedas deslizándose, golpes, voces.

—¡Sae, es hora de cenar! —anunció un empleado, que, seguidamente, entró en el cuarto con una bandeja de plástico.

Me puse de pie y le dirigí una leve reverencia a modo de saludo. Detrás de él apareció el director de la residencia.

—Ah, está usted aquí. ¿Cómo se encuentra? Su abuela parece estar bastante bien, ¿verdad? —comentó el director mientras se acercaba a la cama.

—Es hora de cenar —repitió el empleado, apoyando la palma de una mano en la mejilla de Sae y sacudiéndola con suavidad.

Ella entreabrió los ojos y dejó escapar un susurro apagado. El empleado colocó la bandeja sobre la mesilla de noche. Tres cuencos de plástico idénticos, que contenían una sustancia gelatinosa. Uno era blanco, otro verde y el tercero, marrón claro.

—Gracias —musité, y volví a hacer una reverencia.

—Es una anciana muy dócil, y muy discreta, ¿verdad? —dijo el director mirando al empleado.

—Así es. Cuando le damos de comer, su abuela siempre es muy agradecida y se disculpa también por cualquier cosa —convino el

hombre con una sonrisa.

—Se ha dado cuenta de que no está en el lugar de siempre, ¿no es así?

Sae aún no se había despertado del todo. El empleado le apretó un poco las comisuras de los labios con el índice y el pulgar y deslizó la cuchara por la estrecha abertura. Era el mismo método que yo usaba para darle de comer. Tragó el primer bocado, moviendo solo los labios.

—Le daré yo de comer —ofrecí, haciéndole un gesto al empleado para que me cediera la cuchara.

—No, no, este es mi trabajo. Por favor, vaya a almorzar con el director —dijo mientras le introducía ya una segunda cucharada.

—Sí, por favor. Vayamos a comer. —El director metió las manos en los bolsillos de su bata blanca.

No se me ocurría ninguna razón para negarme, salvo que no tenía apetito.

—Sí, claro —acepté.

Salimos de la habitación.

El comedor estaba al fondo del vestíbulo, en la planta baja. Las mesas redondas estaban alineadas a intervalos regulares y, más allá de las ventanas, se extendía el césped de un jardín. Olía a cafetería estudiantil, con un leve aroma a fécula.

Yo seguía sin tener apetito. En las mesas había varias personas mayores y algunos miembros del personal, pero, pese a ser la hora del almuerzo, reinaba una calma sorprendente. A la izquierda de la entrada había una larga barra en la que se exhibían diversos platos: croquetas, pescado guisado, ensalada, tortillas...

—Elija lo que prefiera.

Dicho esto, el director cogió una bandeja y avanzó con rapidez a lo largo de la barra. Yo lo seguí sin muchas ganas y me limité a

escoger lo mismo que él. A continuación, nos sentamos a una mesa junto a la ventana.

—Su abuela es extraordinaria. Nunca olvida dar las gracias — insistió mientras me pasaba un envase de salsa.

—Bueno, en casa era bastante estricta, pero...

Eché apenas una pizca de salsa sobre la col.

—Por muchos años que se cumplan, hay cosas que uno nunca olvida. Trabajando aquí, pienso en eso a menudo.

Las salvias rojas se agitaban levemente en el macizo de flores y, más allá, se extendían los huertos que había visto al subir por la cuesta. Los ancianos ya no estaban sobre aquella tierra negra y húmeda, extendida de forma irregular.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí? —pregunté mientras cortaba la carne.

—Cinco años.

El puño de su bata blanca rozaba el borde del plato. La anciana sentada en la mesa detrás de él se levantó arrastrando la silla. Había terminado de comer, recogió los platos y se dirigió al mostrador.

—Por aquí han pasado personas de todas clases, pero no hay nadie que destaque especialmente en mi memoria. Es extraño. Al final, de cada persona solo queda su parte más puramente humana, y todo lo demás es un vacío. El sexo, la personalidad, la posición social: todo lo que nos distingue de los demás pierde sentido. Por eso creo que la igualdad que existe aquí, en El Nuevo Mundo, es perfecta.

Empezó a masticar de nuevo. Yo me llevé un trozo de carne a la boca. El olor a grasa me llenó las fosas nasales y apenas noté su sabor. La anciana de antes dejó sus platos y se dirigió a la entrada con los pasos apresurados de una ratita. Cuando llegó al final de la barra, cogió otra bandeja y comenzó a elegir platos de nuevo.

—¿Vive sola ahora? —me preguntó el director.

—Sí —asentí, más pendiente de la anciana que de la conversación.

La anciana había llenado sus platos hasta el borde y, abriéndose paso entre las mesas redondas, regresó a su asiento.

—¿La persona con la que estaba el otro día era su novio?

—No, no exactamente.

Yo miraba a la anciana, que juntó las manos un breve instante, como para rezar, y, sin más, comenzó a comer. El ritmo de sus palillos era el mismo que el de sus pasos: costaba creer que aquella fuera ya su segunda comida.

—Creo que algo no va bien... —dije, y desvié la mirada de él.

—¿Qué sucede? —preguntó, cubriéndose la boca con una servilleta de papel.

—Esa anciana de allí...

Volví a mirar por encima de su hombro. Entonces, él se volvió y, como si hubiera comprendido de inmediato la situación, se levantó y se acercó a ella.

—¿No ve que acaba de comer hace un momento? —la reprendió —. Si come tanto, le dolerá el estómago.

Se inclinó y la miró fijamente. Ella dejó de masticar y jadeó, como si el tiempo se hubiera detenido. Sus ojos eran los mismos que los de Sae cuando la interpele el día en que volvió a casa cargada de flores de cosmos.

—Llévese esto —dijo el director, ayudándola a sujetar su bandeja.

Un empleado que se hallaba en una mesa cercana acudió a ayudarla a ponerse en pie y la acompañó hasta la barra. Ella obedeció, sumisa.

—Yo ya les había avisado a todos de que esa mujer no puede comer sola... —Inclinó la cabeza y volvió a sentarse.

—¿Se olvida de que ya ha comido? —quise saber.

—Ese es uno de los problemas. El otro es que ha perdido el control del apetito. Si se la dejara sola, comería cantidades desmesuradas.

Me pregunté si, después de pasarse cinco años trabajando allí, alguna vez él había dudado de su propia normalidad por comer con moderación. Había una clara línea divisoria entre quienes cuidaban de los demás y quienes recibían los cuidados: lo normal y lo anormal. Me obligué a tragar otro trozo de carne, que seguía pareciéndome un pedazo de caucho. «¿Por qué no logro apartarme de la anomalía que llevo dentro de mí? ¿Por qué se me aferra con tal fuerza al vientre? Además, Mikoto, distraído con el aleteo de la mariposa, nunca ha mirado en mi interior.»

—Pero, al fin y al cabo, todos son humanos, y nosotros solo podemos hacer lo que está en nuestra mano para cuidarlos. —El director tomó su cuenco de ensalada.

«Yo también tengo algo que no es normal dentro de mí. ¿Me cuidaría usted? Lo que llevo dentro es tan extraño como bajarse los pantalones en medio del vestíbulo, como tocar de pronto la muñeca de una desconocida, como olvidar que ya se ha comido y volver a comer. Igual que cuida a mi abuela, ¿me cuidaría también a mí?»

Incliné la cabeza, como si rezara, y tragué el trozo de carne.

De regreso de la residencia, pasé por los grandes almacenes del pueblo. La sección de juguetería era un guirigay: voces infantiles se mezclaban con los ruidos electrónicos de los juguetes.

—Disculpe, ¿dónde tienen los especímenes?

Un dependiente que estaba sacando juguetes de unas cajas de cartón se volvió hacia mí.

—¿Cómo dice? —me preguntó, inclinando la cabeza.

—Especímenes de insectos y cosas así...

—Ah. Están allí —dijo señalando unas estanterías mientras continuaba sacando juguetes con la otra mano.

Me volví. El rincón que señalaba era una isla de una calma absoluta en medio del torbellino de gente.

—Gracias... —dije, y me encaminé hacia allí.

Recorrí con la mirada los ejemplares de mariposas, alineados primorosamente en la vitrina. Intenté recordar la de franjas negras y amarillas que la mujer de la fotografía de la revista sostenía en la palma de su mano: su textura sedosa, sus filamentos transparentes, el polen húmedo.

—Quiero una de estas —dije, apoyando la yema de un dedo en el cristal.

—Han pasado ocho días desde que Sae se fue —le murmuré al calendario.

El queroseno chisporroteaba en la estufa. Llevaba ocho días buscando en mi interior y ya no podía más. Me quité la chaqueta y la arrojé sobre la cama. Cada ruido, por ínfimo que fuera, se perdía en el vacío de la casa. Me sentía enfadada, frustrada. Deseaba llorar, vaciarme hasta la última gota. Pero todo era en vano; ni siquiera podía llorar.

Sujeté con una mano la esquina del calendario y con la otra arranqué la hoja de un tirón. El aire se rasgó con ella. Detrás de esa

hoja había muchas más. Números que se prolongaban hasta perderse de vista. ¿Dónde terminaban, entonces? Suspiré y dejé la hoja del calendario que había arrancado, fría y suave al tacto, sobre la cama. Luego, con los dedos entumecidos, abrí el bolso y saqué mi mariposa de franjas negras y amarillas. «Sí, esta es, sin duda, la de la mujer de la foto.» Me puse la mariposa en el cuenco de la mano —la textura sedosa, los filamentos transparentes, el polen húmedo— y me la acerqué a la oreja. Y lo oí. Oí el ruido. El ruido de la respiración de mi bebé entre los pliegues, un sonido que cada día se volvía más nítido. «¿Hasta dónde llegará el calor de tu cuerpo? ¿Me abrirá por dentro con su empuje, aunque no sea mi verdadero yo?» La mujer de la fotografía volviéndose hacia mí; su cabello ondulante... Entonces me invadió la ira. Una ira que se extendía como las contracciones de un parto. Cerré bruscamente la mano. En un instante la mariposa se desintegró. Solo quedó un dolor lacerante. Los fragmentos cayeron sobre la hoja del calendario.

Una perfecta habitación de enfermo
Yoko Ogawa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Títulos originales: 完璧な病室 (*Kanpekina byōushitsu*), seguido de 揚羽蝶が壊れる時 (*Agehachō ga Kowareru toki*)

Ilustración de la cubierta: © Patricia Bolinches

© 1988, 1989 by Yoko Ogawa

Traducción española publicada por acuerdo con Yoko Ogawa a través de Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S.L.U.

Una perfecta habitación de enfermo se publicó por primera vez en japonés en 1988, y Una mariposa en el hueco de la mano, en 1989. La editorial Chuokoron-Shinsha, Inc. (Tokio) publicó ambas narraciones por primera vez en forma de libro en 2004.

Traducción: © Juan Francisco González Sánchez, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-1107-821-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta